

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

los fríos senderos del crimen

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



KEITH LUGER

LOS FRÍOS SENDEROS DEL CRIMEN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 496

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 30.678 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre, 1971

© KEITH LUGER, 1971
sobre la parte literaria

© SALVADOR FABA, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.243. — El tonto y la lista

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.102. — ¿A qué hora te mataron, Marilyn Monroe?

En Colección BUFALO:

938. — Una bala lleva tu nombre, forastero

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza es mi oficio

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:

514. — Plomo para un entrometido

En Colección PUNTO ROJO:

439. — Las hijas de Neptuno

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby *el Llorón*

En Colección ASES DEL OESTE:

575. — Cita con el diablo

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

94. — Disparando como un rayo

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

38. — Esta pelea es mía

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Adónde vas, Fred?

—A la oficina.

—¿A estas horas?

—Son las seis. Estoy citado con el jefe de contabilidad. Hay unos números que no cuadran. Es importante que resuelva el problema.

—Eres un estúpido, Fred.

—¡Jane!

—¡He dicho un estúpido! No vas a la oficina. Te vas a reunir con esa mujer.

—¿Esa mujer?

—¿Por qué repites mis palabras?

—Es que no te comprendo.

—Yo te ayudaré a comprender, maridito. Te vas a reunir con tu amante.

Hubo un silencio.

Fred Connors observaba fijamente a su mujer, sentada en un sofá. La televisión estaba en marcha. Pasaban un telefilm, pero ninguno de los esposos Connors prestaba atención a lo que ocurría en la pantalla.

Ella, Jane, miraba a Fred desafiante, esperando una respuesta.

—¿Por qué no repites ahora mis palabras, Fred? —Lo imitó, parodiando su voz—: «Mi amante».

Pero él no dijo nada.

Jane crispó los puños sobre los muslos.

—¿Qué es lo que sigue ahora, Fred?

—Nada.

—¿No me vas a pedir el divorcio?

—No.

—Anda, pídemelo.

—Sé que te opondrías.

—No sólo eso, Fred. Volverías a ser un gusano. Te casaste conmigo por mi dinero.

—No, Jane, yo te quería...

—¡Mentira!

—Me enamoré de ti, Jane, y por eso te pedí que te casases conmigo.

Ella rió con sarcasmo.

—¿Me vas a hacer recordar las noches que pasé contigo en la playa a la luz de la luna?

—¿Y luego, qué? No te di hijos, Fred.

—¿Te reproché eso?

—Claro que me lo reprochaste.

—No, no es cierto.

—Me lo reprochaste con la mirada. Sí, Fred, tus ojos me decían: «¿Qué quieres, trasto inútil?». «¿Adónde quieres que te lleve esta noche, trasto inútil?».

—Nunca pensé eso... Fuiste tú.

—¿Yo? Por fin confiesa el señor Connors. Fui yo.

—Te apartaste de mí.

—Me despreciabas... Maldito seas, Fred. ¡Me has despreciado!

—Ese desprecio sólo existía en tu mente.

—Y por eso quisiste que fuera al psiquiatra.

—Nunca dije que estuvieses loca. Y llegaste a admitir que el psiquiatra te haría mucho bien.

—Pero no me lo hizo.

—Sirvió al principio, Jane. Te encontrabas mejor. Pudimos hacer aquel viaje a Europa. Tuvimos la oportunidad de empezar de nuevo. Recuerda aquellos días que pasamos en París y en Venecia. Y de pronto...

—Continúa. ¿De pronto, qué?

—Volviste a las andadas. Empezaste a decirme que prestaba atención a cualquier mujer que no fuese la mía.

—¡Y era la verdad!

—No, Jane, no era la verdad.

Fred sacó un cigarrillo y lo encendió. Tenía treinta y cinco años y su mujer treinta y dos. Ella seguía siendo bella, pero no se preocupaba por sus atractivos físicos.

—¿Cuándo la conociste, Fred? ¡Y no me preguntes a quién! ¡Me

estoy refiriendo a tu amiguita!

—Hace seis meses.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—Así que el señor va sólo al teatro.

—Fue aquel día que compré dos entradas y te quisiste quedar en casa. Yo también preferí quedarme, pero me dijiste que no tenía por qué hacerlo. Que debía entretenerme.

—¡Pero no te dije que fueses al teatro en busca de una amante!

—Todo fue casual.

—Oh, sí, esas cosas son casuales. ¿Cómo es ella?

—Fred no contestó.

—¡Te he preguntado cómo es ella, gusano!

—Tiene veinticuatro años. Trabaja en la biblioteca de la Universidad.

—De modo que es joven. Y también será bonita.

Fred sintió la garganta reseca y se fue al mueble bar y se preparó un *whisky*.

—¿Quieres beber, Jane?

—No. Sírvetelo doble. Te ayudará a pasar este mal momento.

Fred bebió un trago de *whisky*.

—Mírame, Fred.

El obedeció.

Jane cruzó las piernas y sonrió.

—No obtendrás el divorcio y vas a romper con esa mujer. Mandarás al cuerno a esa bibliotecaria del tres al cuarto. ¿Me oyes bien? Si no lo haces, te haré saltar del sillón desde el que presides el consejo de la Editorial Farner... Yo sigo siendo la mayor accionista. ¿Lo oyes, maridito?

—¿Te atreverías a hacer eso?

—Claro que me atreveré... Hay muchos ejecutivos en la Editorial Farner que valen más que tú, y que harán una labor más efectiva si ocupan tu puesto. No lo olvides, Fred. Sólo eres presidente del Consejo de la Farner por mí. Y sin Jane Farner no eres nadie. Sólo un gusano. El gusano que fuiste.

Fred apuró de una vez el contenido del vaso.

Echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Fred?

No le contestó.

—Vas a ver a Helen.

El se volvió.

—Te enteraste de todo. Sabes su nombre.

—Sí.

—Apuesto a que sabías también dónde trabajaba.

—Lo sé todo.

—¿Contrataste un detective?

—Sí, querido. Eso fue lo que hice. Espiar todos tus movimientos.

Me di cuenta que me estabas engañando con una mujer.

—Eso fue lo que dijiste hace tres años, cuando todavía no había conocido a Helen. Y entonces no te engañaba con ninguna mujer, pero contrataste los servicios de una agencia de investigaciones.

—Sí, querido, aquella vez me equivoqué. Pero ahora di en el clavo. De acuerdo, gran hombre. Reúnete con ella. Coge las manitas de Helen entre las tuyas y dile: «Helen, ésta es una despedida. No te volveré a ver, porque mi mujer sabe lo nuestro. Me ha dicho que si nos volvemos a ver, ella me lo quitará todo y me convertirá en el gusano que fui antes de casarme con ella. Adiós, querida Helen».

Fred abrió la puerta para salir.

Jane gritó:

—¡Le dirás eso! ¿Lo oyes, Fred? ¡Le dirás eso! —sonrió triunfal—. Y excepcionalmente, te doy mi permiso para que le des un besito de despedida. Quiero verte aquí dentro de una hora, o juro que mañana no serás el presidente del consejo de la Farner.

Fred Connors abandonó la casa.

Poco después conducía su coche.

Las sienes le latían con violencia.

No logró tranquilizarse para cuando entró en la cafetería, donde lo esperaba Helen.

La joven le sonrió desde la mesa.

—Te has retrasado un poco.

Era bonita y sus ojos miraban dulcemente, y cuando reía, se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

Fred se sentó a su lado. Pidió un *whisky* al camarero.

—¿Qué te pasa, Fred? Parece que te hayas tragado un arenque —rió sus propias palabras.

—Ella lo sabe todo.

Helen dejó de reír.

—¿Tu mujer?

—Sí, hemos tenido una escena.

—Lo siento.

—Nos hizo vigilar por un detective.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Lo comprendo. Todo acabó entre nosotros... No me había hecho muchas ilusiones. Conozco a tu mujer a través de todo lo que me contaste de ella. Sabía que ella no te concedería el divorcio.

—No.

—Es lógico.

—Todo resultó muy divertido para ella. Se rió de mí. ¿Sabes lo que me dijo? Que me convertirá en un gusano.

Helen fue a levantarse pero él se lo impidió sujetándola por el brazo.

—Es mejor que me vaya, Fred.

—No, Helen.

—No puedes perder tu empleo. Te gusta tu profesión y estás satisfecho del nivel social que has logrado alcanzar... Deja que me vaya, Fred. Será mejor para los dos y mucho menos duro.

El camarero dejó el *whisky* en la mesa y se retiró.

—Siéntate, Helen.

Ella titubeó unos instantes pero ocupó otra Tez la silla.

Guardaron silencio durante un rato y luego él dijo:

—Empezaré otra cosa.

—¿El qué?

—Puedo tener mi propia editorial.

—¿Con qué dinero?

—Quizá lo consiga. Lo intentaré.

—Tu mujer no está dispuesta a concederte el divorcio, y suponiendo que lo lograses, ella te haría la vida imposible. No, no irías muy lejos con tu editorial, porque Jane dirige una firma muy poderosa. Lucharías con muy pocas probabilidades de salir adelante. No, Fred, no podrías dedicarte a lo que te gusta, a editar libros. Y tú no has trabajado en otra cosa. Cuando nos conocimos se estableció entre nosotros una corriente de simpatía. A los dos nos gustan los libros. Y seguimos descubriendo otros gustos comunes.

En aquel momento llegó un botones.

—¿Señor Connors?

—Sí.

—Lo llaman por teléfono.

Connors entregó una propina al botones. Cuando éste se marchó, dijo:

—Debe ser ella, Helen. Sabe que estoy aquí contigo. Y está impaciente por soltarme sus sarcasmos. Perdóname un momento.

—Cuando vuelvas me habré ido.

—No, Helen. Quédate, por favor.

Fred le apretó la mano entre las suyas y se dirigió a la cabina telefónica que estaba al fondo.

Entró y cerró la puerta.

El receptor estaba descolgado y lo cogió.

—¿Qué nueva cosa se te ha ocurrido, Jane? —dijo.

Se oyó una respiración ronca y luego una voz de hombre dijo:

—Buenas tardes, señor Connors.

—¿Quién es usted?

—El hombre que lo va a librar de sus preocupaciones, señor Connors.

—¿Cómo?

—Señor Connors, me gusta ir derecho al asunto. Usted tiene problemas y yo se los voy a resolver. Y para que no haga más preguntas tontas, le diré rápidamente cuál es mi propuesta, señor Connors. Usted va a enviudar.

CAPÍTULO II

Fred Connors se había quedado sin habla en aquella cabina telefónica.

Pensó en que fuese una broma de su mujer. Sí, eso tenía que ser. Jane había contratado a alguien.

—Oiga, no sé qué canalla es usted, pero dígle a Jane que no consiguió engañarme.

—Señor Connors, sé lo que usted imagina. Que yo estoy de acuerdo con su mujer, pero no es así. No cuelgue. Le daré unos datos y usted los comprobará.

—No voy a seguir hablando con usted.

—No le puedo dar mi nombre y nunca se lo daré. Pero le puedo decir cuál es mi profesión, señor Connors. Estrangulador.

Connors sintió un escalofrío por la espalda. Pero todavía no creía al hombre que estaba al otro lado del hilo telefónico.

Debía haber colgado, pero una fuerza invisible lo tenía amarrado allí.

—Señor Connors, le será fácil consultar los periódicos y entonces sabrá que le estoy hablando en serio... Tome nota de esto: *El Centinela de Dallas*, número correspondiente al 3 de febrero de 1970... El *Star*, de Los Ángeles, número correspondiente al 24 de abril de 1970... El *Citizen*, de Chicago, del 24 de noviembre de 1970. Podría señalarle periódicos más modernos, correspondientes al año 1971. Pero creo que ya tiene bastante. Además, no me gusta hablar de mis últimas operaciones.

—No le entiendo nada.

—Señor Connors. Haga la prueba. Consulte esos periódicos. ¿Quiere que le repita las fechas?

—No, porque no pienso hacer ninguna comprobación.

—Qué lástima, señor Connors. Yo podría librarle de su mujer y, a cambio, sólo tendría que pagarme un precio razonable.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Vamos, señor Connors —rió el desconocido—. Soy un profesional. Mi deber es indagar sobre mis posibles clientes. Pero no le puedo decir cómo llevo mi negocio, porque me podrían salir competidores, y eso sería muy malo para mí. No, señor Connors, quiero seguir trabajando sin competencia. El sistema lo patenté yo. Bueno, lo patenté en mi memoria. A nadie se le había ocurrido antes, y tengo derecho a llevarme todos los honores y, naturalmente, el dinero. Le volveré a llamar, señor Connors.

—No lo haga.

—Sólo le haré una llamada más, señor Connors. Si usted no quiere mis servicios, debe salir para otra ciudad cuanto antes. Y otra cosa, señor Connors, no diga nada de esto a nadie o se lo haría pagar muy mal. No se lo diga siquiera a Helen. Hasta pronto, señor Connors.

Fred oyó que colgaban en la otra parte y él se quedó inmóvil.

De pronto golpearon en la cabina.

Un hombre quería entrar.

Fred dejó el receptor en la horquilla y salió de la cabina.

Helen se había ido.

El camarero se inclinó ante él.

—La señorita me encargó le diese esto.

Era una tarjeta de Helen y en ella leyó: «Es mejor así. Perdona, Fred».

Entró en su casa.

Jane seguía en el sofá, y ahora tenía un vaso de *whisky* en la mano.

Fred notó que había bebido mucho. Estaba casi ebria. La televisión estaba apagada.

—Hola, maridito.

Fred no le contestó.

—¿No vienes a darme un besito, querido?

Fred había tenido mucho tiempo para pensar durante el viaje de regreso.

—Debo felicitarte, Jane.

—¿Por qué?

—Por haberte buscado a ese actor.

—No sé a qué te refieres.

—Al de la llamada.

—Querido, ¿por qué no eres más concreto?

Fred se preguntó si ella seguiría jugando con él, ¿o sería verdad que aquel hombre era un estrangulador profesional?

¿No le había dado fechas y una oportunidad de comprobar ciertos sucesos?

Jane bebió un trago.

—¿Viste a Helen? —Ya se había olvidado de las preguntas de él.

—Sí.

—¿Te despediste de ella?

—Sí.

—No te creo.

—Le expliqué que lo sabías todo. Helen es muy comprensiva. Decidió que yo no podía volver a ser un gusano.

Jane se echó a reír.

—Querido, ¿me das más *whisky*?

—¿No crees que ya has bebido bastante?

—Espero hacerte más agradable la velada.

—Voy a salir.

—¿Otra vez vas a ver a Helen?

—No, ya te he dicho que lo de Helen ha acabado.

—Entonces, ¿adónde vas?

—A respirar un poco de aire sano.

Fred salió nuevamente de la casa. Todavía podía llegar a tiempo a la biblioteca que estaba a tres calles de su casa.

Llegó quince minutos antes de la hora de cierre.

Una mujer de cincuenta años le señaló dónde podía encontrar los ejemplares del *Star* de los Ángeles, pero no tenían *El Centinela de Dallas* ni el *Citizen* de Chicago.

Buscó en la colección del *Star* el número correspondiente al 24 de abril del año anterior.

Encontró la noticia en la quinta página. Allí estaba. La mujer se llamaba Eva Lister. Había sido estrangulada en su residencia. Era la esposa de un productor cinematográfico.

Se ignoraba quién podría ser el asesino. Cuando ocurrió la muerte de Eva Lister, su marido, Gregory, estaba celebrando una fiesta en un hotel importante de Los Ángeles. Se insinuaba que la

víctima, que fue actriz, aunque poco conocida, había sido asesinada por un ladrón que quizá entró a robar en la casa.

Fred sintió que su cuerpo se iba quedando helado.

No tenía los otros periódicos. Pero siguió buscando en *El Star*. No se informaba de ninguna estrangulación en el número del 24 de noviembre de 1970. Pero pasó al día 25 de noviembre. Y en la sexta página, en una columna de la derecha, leyó otra corta noticia. En Chicago había sido estrangulada una mujer. Ocurrió el 23. Ella se llamaba Olivia Coley y era la esposa de un comerciante en pieles y, mientras ella fue asesinada, el marido se encontraba en Oswego, en una convención de industriales de su ramo.

No, no hacía falta buscar más. En el caso del negociante en pieles también se suponía que la víctima había sido estrangulada por un ladrón.

Pero él sabía ahora quién había estrangulado a Eva Lister y a Olivia Coley. El hombre que le había llamado por teléfono.

No, no había sido una broma de Jane. No había sido un actor ni nadie pagado por Jane para embromarlo. Su comunicante era un hombre cuya profesión consistía en estrangular a mujeres que se encontraban a solas en su casa, mientras los maridos se hallaban en otro lugar, con mucha gente a su alrededor, testigos de su coartada.

Salió de la biblioteca y montó en el coche.

No fue a su casa.

Empezó a dar vueltas en el coche, mientras fumaba un cigarrillo tras otro y pensaba en Jane, en él y en Helen. Y siempre aparecía en escena el estrangulador.

Cuando regresó a su casa, encontró a Jane tendida en el sofá, con el cuello doblado.

Parecía como si ya la hubiesen estrangulado.

El vaso de *whisky* estaba volcado en el suelo y parte del licor había sido absorbido por la alfombra.

También necesitaba beber ahora.

Se sirvió un vaso y, al devolver la botella en el anaquel, la golpeó contra otra de ginebra.

El ruido despertó a Jane.

—Ah, ¿eres tú?

Fred volvió la cabeza y vio que Jane se medio incorporaba restregándose los ojos.

—¿Ya tomaste el aire sano que necesitabas?

—Sí.

—¿No fuiste a ver a Helen?

—No.

—¡Eres un maldito embustero!

Jane se levantó del sofá y estuvo a punto de caer.

—¿Qué le has dicho a tu adorada Helen?

—No le he dicho nada, porque no la he visto.

—No la tendrás nunca. ¿Me oyes, Fred? ¡No volverás a tener a Helen!

Jane se dirigió hacia la alcoba. Se detuvo antes de entrar.

—¿Qué te pasa, Fred?

—¿A mí? Nada.

—Me estás mirando con unos ojos extraños. Veo odio en ellos. Te comprendo. Ahora mismo desearías verme muerta... ¿Por qué no lo confiesas?

Fred bebió un trago, pero no dijo nada.

Ella lo apuntó con el brazo extendido.

—Pero no te voy a dar ese gusto, gusano... No, no me voy a morir. Tendrás que soportarme. Nos casamos para estar juntos toda la vida, en la felicidad y en la desgracia —hizo un gesto grotesco—. ¿No vienes conmigo, maridito? La alcoba nupcial nos espera.

Jane entró en el dormitorio.

En aquel momento, Fred decidió contestar afirmativamente al estrangulador.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, Fred Connors estaba en su oficina de la editorial.

Trabajaba nervioso.

Un par de veces se equivocó con respecto a los asuntos que debía tratar aquel día.

Su mente estaba en otra parte. Se preguntaba cuándo se pondría el estrangulador en contacto con él. Aquel hombre era un profesional y sabía el cómo y el cuándo de su oportunidad.

A las once y media, como siempre, bajó al restaurante Connelly.

Eligió una mesa sola porque pensó que el estrangulador podría llamarlo allí. Aquel hombre debía conocer sus costumbres porque estaría al corriente de todo, como sabía lo de Jane y lo de Helen.

Su secretario, Rupert Martin, se acercó a la mesa. Era un muchacho competente pero le molestó su presencia.

—Señor Connors, me invitó ayer a almorzar con usted.

—¿Cómo?

—¿No se acuerda? Íbamos a comprar los derechos de esas dos novelas francesas.

—Oh, sí. Puede sentarse, Martin.

—Gracias, señor Connors.

Se sintió irritado por haber olvidado un detalle tan importante. Los derechos de aquellas dos novelas que habían sido *best-sellers* en Europa.

Hicieron el pedido al camarero, cuando ya Rupert había empezado a hablar de uno de los autores y enseguida profundizó en las novelas.

Fred trataba de prestar atención a Martin y, finalmente, lo logró, e hizo alguna consideración acerca del poco éxito de los escritores franceses en Estados Unidos, salvo en las élites universitarias.

Apareció un camarero.

—Señor Connors, lo llaman por teléfono. Cabina número 2.

Connors se quedó clavado en la silla cuando el camarero ya se había marchado.

Vio que Rupert Martin lo estaba observando con sus ojos de búho, tras los lentes de graduación.

—Ahora vuelvo, Martin.

Rupert emitió un gruñido.

Cuando se dirigía a la cabina, Fred sintió que sus poros se habían puesto a transpirar.

—¿Sí? —dijo por el micro.

Oyó una respiración a la otra parte.

—Diga. Aquí Connors.

—Hola, Fred.

Connors exhaló el aire de sus pulmones. No era el estrangulador. Era Helen.

—Querida.

—Me tuve que ir ayer.

—Te comprendo.

—¿Era Jane la persona que te llamó?

El guardó silencio.

—Fred, ¿estás ahí?

—Sí.

—Te preguntaba si fue Jane.

—Oh, sí, desde luego.

—¿Qué quería?

—Atormentarme un poco más —mintió Fred.

—Lo siento por ti, Fred. Soy la culpable.

—No digas eso. Ninguno de los dos somos culpables y, si alguien tiene que cargar con la responsabilidad, Jane se llevaría el mayor tanto por ciento de ella...

—Te he llamado porque..., porque imaginé que estarías dolorido.

—Y lo estoy, Helen.

—Pero te curarás.

—Hay heridas que no pueden sanar.

—No quiero decir esa frase tan ridícula, Fred.

—¿El tiempo todo lo cura?

—Sí, Fred. Ésa es la frase. Resulta un poco ridícula, pero creo

que es verdad.

—No es el tiempo el que cura, sino el trabajo. He pasado por otras situaciones y sólo me encontré mejor cuando me sumergí en el trabajo.

—Ya tienes la fórmula, Fred. Trabaja duro para olvidar todo esto.

—No puedo, Helen. Y necesito verte.

—Ya estoy arrepentida de haberte llamado. Pero no resistí la tentación. Tres veces empecé a marcar ese número. Sabía que estabas ahí. Pero finalmente no pude resistir la tentación.

—Nos veremos donde siempre.

—No, Fred.

—Esta tarde, después de que haya terminado en mi oficina, iré a la cafetería.

—Yo no, Fred.

—Debes ir, Helen. Hablaremos.

—Fred, dejémoslo, por tu bien, por el mío y por el de Jane.

—Hace tiempo que Jane encontró su medicina. El maldito *whisky*.

—Podéis reanudar algo que yo interrumpí.

—Tú no interrumpiste nada y yo no puedo reanudar con Jane una verdadera vida matrimonial. No, Helen, ninguno de los dos podríamos.

—Debéis intentarlo.

—Escucha, Helen. Ella me odia con todas sus fuerzas. Sólo quiere hacerme daño.

—¿Y tú?

Fred se sintió atrapado. ¿No iba a ponerse en contacto con un asesino? Jane le odiaba. Pero ¿y él? ¿Qué podía decirse de él? Iba a contratar a un estrangulador profesional para que acabase con la vida de Jane.

—Lo siento, Fred, tengo que colgar.

—No, Helen.

Ella bajó la voz.

—Uno de mis jefes está aquí.

Ya no pudo decir más.

Fred escuchó el monótono zumbido de la otra parte.

Volvió a la mesa, con su secretario, y otra vez Rupert Martin

habló de las novelas francesas.

Fred le escuchó muy poco, si bien trató de seguir el hilo de la conversación. Sus problemas personales eran mucho más graves que los de elegir unas novelas francesas para editarlas en Estados Unidos.

En un momento determinado, oyó a Rupert.

—¿Qué decide, señor Connors?

Se dio cuenta de que no había escuchado a Martin durante los últimos cinco minutos.

—Volveré a leer las novelas.

—Deberá tener en cuenta que los de Harper están a la expectativa. Aún no comprendo cómo no han adquirido esos derechos.

—Me daré toda la prisa que pueda. Pero no debo precipitarme. Eso terminaba la discusión.

—Desde luego, señor Connors —aceptó Martin.

Connors pagó el importe de la comida y regresaron a la oficina.

Se despidieron a la puerta del despacho de Connors.

Al encontrarse a solas, Fred encendió un cigarrillo y paseó de un lado a otro de la habitación.

No, no lo haría.

Mandaría al diablo al estrangulador.

Arreglaría las cosas de otra forma. Renunciaría. Al diablo la Editorial Farner. Volvería a ser Fred Connors.

El mundo no se acabaría si abandonaba aquel hermoso despacho.

Jane era una enferma y cuando él no estuviese a su lado, se pondría en manos de los siquiatras. Tendría que hacerlo. El había perdido la partida con Jane porque, desde un principio, ella le consideró un ser inferior. Jane sólo tuvo en cuenta su fachada.

Y le diría algo más al estrangulador. Que avisaría a la policía. Sí, él les indicaría aquellas fechas para que hiciesen las comprobaciones y sabrían que el asesino no había mentido.

Aquella noche, cuando llegase a casa, plantearía a Jane la realidad de la situación. La abandonaría y pediría el divorcio. Ella se reiría de él. La podía oír como si la tuviese delante, ebria como casi siempre.

«¿Vas a renunciar a todo lo que yo te he dado, Fred? ¿Quieres

volver a ser un gusano? Oh, no, Fred, me estás coaccionando. Quieres asustarme. Tú eres un hombre importante al lado de tu Jane, y no puedes dejar a tu Jane, a tu mujercita, y volver al arroyo».

Sí, eso y otras cosas parecidas le diría ella.

Sonó el teléfono.

Se acercó a la mesa despacio y alargó la mano para atrapar el auricular.

—Fred Connors.

—¿Quién esperabas que fuese? —dijo desde el otro lado su mujer.

—Hola, Jane.

—Te he hecho una pregunta.

—Jane, no estoy para bromas.

—Yo tampoco. Te marchaste de casa sin despedirte.

—Estabas dormida. No quise despertarte.

—Qué considerado eres.

—¿Qué querías, Jane?

—He recibido un informe de mi agencia de investigaciones.

—Ya no te hace falta el detective.

—¿Por qué crees que no?

—Hablares tú y yo luego.

—Que sea ahora.

—Es mejor que lo hagamos frente a frente.

—¿Frente a frente? ¿Quieres decir que estás dispuesto a que terminemos?

—Sí.

—Te voy a decir algo del informe que he recibido.

—No me hace falta.

—Es respecto a Helen. Uno de los investigadores ha descubierto algo muy sucio con respecto a ella, y voy a aprovechar ese informe para acabar con tu Helen. La despedirán de la Universidad.

—¿De qué se trata?

—Es una sorpresa. Pero te aseguro que, cuando sepan en la Universidad lo que yo sé, pondrán a tu Helen en el patíbulo.

—¿Qué te han dicho de Helen?

Sonó una carcajada.

—Querido, te enseñaré personalmente el informe. Así vendrás

pronto a casa. De modo que, telefonea a tu preciosa Helen y dile que no te podrás reunir con ella. Enviaré este informe mañana a la Universidad. He pedido que me lo redacten bien. Hasta luego, querido. Besitos.

Oyó la risa de Jane que se alejaba.

¿Qué era lo que Jane sabía de Helen? ¿Sería verdad o una calumnia inventada por los detectives a instancias de su mujer? Podía salir de la duda llamando a la propia Helen, preguntándole. Sí, era lo que convenía.

Fue a coger el receptor cuando empezó a sonar el timbre.

—¿Señor Connors?

Reconoció su voz. Era el estrangulador.

CAPÍTULO IV

—Sí, soy yo —contestó Fred—. No debió llamar aquí.

—En todas las oficinas, después del almuerzo, durante los primeros minutos, no se hace nada. Yo los llamo los momentos de la puesta a punto. Ya sabe, como si la máquina hubiese sido engrasada y todavía estuviese funcionando a baja presión. ¿Me equivoco? ¿No está solo?

—Estoy solo.

—¿Lo ve, señor Connors? Soy previsor. No le he fallado.

—¿Qué quiere?

—¿Cómo qué quiero? Usted es el que quiere algo de mí.

—No.

—¿Hizo usted las comprobaciones?

—No.

—Miente usted, señor Connors. Fue a la biblioteca que hay cerca de su casa. ¿Quiere que le diga también la hora?

—¿Me está espionando?

—Señor Connors. Es una palabra que no me gusta. Le dije que debo velar por mi negocio... Y ello me obliga a tomar todas las precauciones. Siempre he sabido elegir a mis clientes. Y lo elegí a usted, señor Connors.

—Pues se equivocó conmigo.

—No, señor Connors. No me he equivocado.

—Usted no hará nada por mí.

El estrangulador rió por el cable.

—Yo sé lo que le pasa, señor Connors. Tiene miedo.

—No, no es miedo.

—Oh, usted lo llama de otra forma. ¿Reparos? Es un hombre civilizado. Un hombre culto y no debe matar a un ser humano... Todos tenemos derecho a vivir. Hasta su mujercita. Una mujer que le hace la vida imposible, que le odia.

—Usted lo ha dicho todo.

—Le falta algo, señor Connors.

—¿Qué cosa?

—Ella es una alimaña, señor Connors. Jane Farner no es un ser humano.

—¿Quién es usted? ¿Cómo puede hablar así de mi mujer? ¡Y no me vuelva a repetir que debe velar por todos los aspectos por su negocio!

—Se lo diré de otra forma, señor Connors. Soy un profesional. El mejor profesional en su clase. Y cuando me meto en un asunto, lo estudio bien, desde todos los ángulos. ¿Le he dicho que soy como un entomólogo que observa con su lupa el insecto que desea clasificar?

—Y el insecto del entomólogo es su víctima, la que debe ser estrangulada.

—Lo ha comprendido muy bien, señor Connors.

—No hay acuerdo.

—Le daré la última oportunidad.

—No. Renuncie a llamarme de nuevo.

—Lo haré por última vez.

—¡Le he dicho que no!

—Habrá una última vez —repitió el estrangulador con energía.

Fred se sirvió un vaso de agua.

No, no quería beber alcohol. Sólo agua.

Llegó Guy Vallone, especialista en novelas policíacas. Fue un verdadero descanso para él. Le habló de un nuevo autor, Michel Harvey.

—He leído la obra —dijo Fred.

—Yo la leí anoche, señor Connors.

—¿Qué le pareció?

—Maravillosa.

—Sí, creo que ésa es la palabra.

—Es difícil que un nuevo autor tenga esa garra, combinada con un estilo original. No es frecuente encontrar las dos condiciones juntas. Siempre falla una de las dos.

—Estoy de acuerdo con usted.

—He citado a Michel Harvey para mañana, señor Connors.

—Bien hecho, Vallone.

—Quisiera discutir con usted la novela. Creo que hay una parte que el señor Harvey debería arreglar.

—¿Cuál?

—La del crimen.

Connors no dijo nada. La palabra crimen repercutió en su mente.

—Ya sabe, señor Connors, me refiero a la parte en que el sobrino decide matar a la tía.

Connors sintió que las palmas de sus manos sudaban. Había olvidado la novela de Michel Harvey porque él la leyó un día antes de pasarla al departamento de asesoría literaria. Encontró simpático a aquel muchacho, el autor, que, sin ninguna recomendación, quiso hablar con él personalmente. Y mientras lo tenía al otro lado de la mesa, abrió el manuscrito y leyó algunos trozos y, desde el primer momento, le causó un gran impacto al estilo de Michel Harvey. Y por eso había decidido leer la novela antes que nadie.

Había pensado que le serviría de distracción porque un sexto sentido le advertía que sus relaciones con Jane y con Helen estaban llegando al punto de la crisis.

—¿Qué opina de esa parte, Vallone?

—Está un poco precipitada.

—¿Usted cree?

—El sobrino decide demasiado aprisa la muerte de la tía. Sus reacciones son súbitas.

Fred hubiese reído de buena gana y le hubiera dicho a Vallone: «Se equivoca, señor Vallone, las reacciones de un hombre que decide la muerte de un ser humano no son tan súbitas como usted cree. En gran parte, esas reacciones del agresor dependen de la víctima. Un hombre puede soportar mucho, como la pared de un pantano soporta millones de toneladas de agua. Pero hay un pequeño agujero en la pared. ¿Y qué es lo que pasará? Que todo el muro se derrumbará y los millones de toneladas de agua se precipitarán. Así ocurre con las pasiones que un ser humano contiene en su interior. Sí, señor Vallone, son como las aguas de un pantano. El muro es muy resistente. Pero llega un momento en que todo salta en el aire».

—Yo no creo que exista esa precipitación por parte del asesino, señor Vallone.

—¿No?

—Las reacciones del sobrino están perfectamente justificadas.

Vallone se quedó mirándole sin decir nada y Fred agregó:

—De todas formas, volveré a leer la novela y hablaremos mañana antes de que llegue Michel Harvey.

—Sí, señor Connors.

Vallone se marchó.

Fred se sumergió en el examen de unos informes de venta.

Llegó la hora de salir de la oficina. Marcó el número de Helen.

—Hola, chica.

—¿Qué quieres, Fred?

—Iré un poco más tarde.

—Yo no pienso ir.

—Tengo que hablar contigo, Helen.

—¿Sobre qué?

—No lo sé todavía. Primero he de ir a casa. Jane y yo tenemos una cita. Pero haré todo lo posible por acabar enseguida, y luego me reuniré contigo en la cafetería.

—No, no debo ir.

—Helen, por favor, esta situación está llegando a su fin. Lo vamos a solucionar. Y va a ser de la mejor manera para todos. Te lo aseguro.

—Está bien. Iré allí.

—Gracias, Helen.

Viajó en el automóvil hasta su casa.

Jane no parecía estar ebria y lo saludó sonriente. Se había puesto unos *shorts* y una blusa.

—¿Qué tienes que decir de mis piernas, Fred?

—Siempre han sido bonitas.

—Oh, qué gentil eres. ¿*Whisky*?

—Demasiado pronto para mí.

—Pero, querido, ese requiebro a mis piernas merece un brindis.

Ella sirvió *whisky* en dos vasos y alargó uno.

—Por nuestra futura felicidad, Fred.

—No puede haber felicidad entre nosotros.

—Querido, la habré. Tiene que haberla porque, cuando destruya a Helen, tú no tendrás más remedio que seguir conmigo.

—¿Destruir a Helen?

—Ya te lo he dicho. Enviando a la Universidad, donde ella

trabaja como bibliotecaria, el informe que he recibido de la agencia de investigaciones.

Fred miró el vaso de *whisky* que tenía en la mano.

—Anda, bebe, querido —rió Jane— lo vas a necesitar.

Se marchó corriendo hacia la mesa.

Fred bebió un trago.

Jane cogió unos papeles que había sobre la mesa y los agitó en el aire.

—Aquí está la bomba, querido.

—Anda, hazla explotar.

—¿Me das tu permiso para pegarle fuego a la mecha?

—Lo estás deseando.

—Damas y caballeros, Jane Farnier enciende el fósforo y lo acerca a la mecha.

Hizo una pausa para beber otro trago de *whisky* y luego miró a Fred.

—Helen Foster fue una gran agitadora.

Fred se echó a reír.

—Estudió en la Universidad. Cualquiera pudo estar entre esos grupos contestatarios. Quiero decir que pudo formar parte de alguna manifestación de protesta, quizá porque no les dejaban usar la pista de tenis a la hora que ellos deseaban. A Helen no le interesaba la política.

—Es posible que no le interese ahora.

—Gracias por concederme eso.

—Pero le interesó.

—No, Jane. Conozco bien a Helen. No le interesa la política ahora, ni le interesó antes. Hay estudiantes que, desde un principio, no están formados para cierta clase de enfrentamientos. Los extremistas de una y otra clase no lo comprenden. Según ellos, uno debe estar abiertamente en uno u otro lado, a la derecha o a la izquierda. Su juventud no les permite comprender que alguien pueda estar en el centro.

—Tú eres muy comprensivo.

—Siempre lo he sido.

—Y has estado en el centro.

—Sí, Jane.

—Helen no lo estaba.

Fred dejó el vaso en la mesa.

—Si es todo lo que tienes que decirme, hasta luego.

Fred echó a andar hacia la puerta y entonces Jane le dijo:

—Helen formaba parte del grupo Los Tigres de América.

—¿Los tigres de América? —Se detuvo Fred y se volvió.

—¿Me vas a decir que no oíste hablar de ellos?

—Sí, oí hablar de Los Tigres de América hace unos cuatro años.

—¿Eran del centro?

—Pertenecían a uno de los extremos.

—Helen formaba parte de ellos.

—No, Jane. Helen, con su carácter, no podría formar parte de ese grupo.

—¿Sabes lo que hacían? Volcaban coches. Organizaban manifestaciones. Atacaban muchos lugares, hasta su propia Universidad. Hay una buena relación aquí de hechos, y todos están castigados por la ley.

—¡Helen no estaba metida en eso!

—Aquí dice que sí.

—¿Quién te dio esa porquería?

—Un detective.

—El detective te mintió.

—Hay declaraciones testificales.

Fred echó a andar hacia su mujer.

—Jane, creo que lo estoy comprendiendo todo. Tu detective amañó esos documentos. Compró testigos y metió a Helen en ese grupo, Los Tigres de América.

Jane bebió un trago sin responder.

—Contesta, Jane, ¿es eso? —gritó Fred.

—¿Nadie nos oye?

—Nadie.

—Pues, sí, querido. Es un documento amañado.

—Jane, ¿cómo te has atrevido?

—Yo me atrevo a muchas cosas.

—No te valdrá.

—Claro que me valdrá. Toma. Puedes leerlo.

Fred cogió aquellos papeles y empezó a romperlos a zarpazos.

Jane lanzó una carcajada.

—Estás rompiendo una copia, querido. Tengo guardados los

documentos originales.

—¿Dónde?

—Donde tú no los puedas alcanzar para romperlos. Los enviaré mañana a la Universidad.

—Sería jugar muy sucio. ¿Cómo vas a usar ese montón de calumnias contra la pobre Helen?

—¿La pobre Helen? ¡Ella me ha quitado a mi marido!

—Ella no te ha quitado a tu marido. Fui yo. Si quieres hacerme daño, házmelo a mí. Te lo suplico, Jane. No se lo hagas a Helen. Es una buena chica.

—¿La mejor de todas?

—La mejor de cuantas yo he conocido.

—¡Pues te voy a decir lo que va a pasar con tu mejor chica!

Jane dejó de sonreír. Su rostro era feo porque estaba congestionado por la ira.

—¡Haré que la despidan de la Universidad! Es posible que la policía la deje en paz. Eso va a ser cuestión de ellos. Pero con estos informes no la admitirán en ninguna parte. Muy pronto se encontrará en la cochina calle. Anda, querido, pídemelo el divorcio y también estarás tú en la cochina calle, con tu querida Helen.

Fred sentía que la furia se iba apoderando de él.

Sintió deseos de ir hacia ella, atraparla por el cuello y...

Cerró los ojos y dio media vuelta.

—¡No te vayas!

—Si me quedo, te mato, Jane.

—¿Qué es lo que has dicho?

Fred se detuvo junto a la puerta.

—Jane, me voy porque no quiero acabar contigo.

Ella le contestó con una risotada, mientras él salía.

Fred montó en el coche y, al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba corriendo a una velocidad superior a la permitida y retiró el pie del acelerador.

En la cafetería no estaba Helen.

Ocupó una mesa y pidió al camarero un *whisky*.

¿Y si Helen había decidido no acudir a la cita?

Consultó el reloj.

Helen ya debería estar allí. Quizá se había entretenido con alguien.

El camarero se acercó.

—Señor Connors, le llaman al teléfono.

Pensó en los dos. En Helen y en el estrangulador. ¿Cuál de ellos dos sería? ¿Helen para excusarse? ¿El estrangulador para darle la última oportunidad?

Entró en la cabina y cogió el auricular.

—Fred Connors.

—Señor Connors —era el asesino—. Debería tener más cuidado cuando circula en coche por la ciudad. Uno de los semáforos estaba en ámbar cuando usted cruzó por él a sesenta. Fue una suerte que no lo viese el patrullero.

—Pero me vio usted.

—Era mi obligación. Pero dejemos eso, señor Connors. Quiero saber su respuesta. Piense antes lo que va a decir. Es la última vez que le llamo.

—Seré su cliente.

CAPÍTULO V

El estrangulador soltó una risita.

—Sabía que reconsideraría su situación, señor Connors.

—No hablemos más de mi situación.

—Oh, sí, usted quiere que yo ejerza mi profesión.

—Por favor, elija otras palabras.

—Le haré una buena selección, pero no tengo más remedio que ser realista, señor Connors. Y le aconsejo que lo sea usted. De esa forma, todo irá bien entre nosotros.

—De acuerdo, señor... Me gustaría llamarlo de alguna forma.

—Llámeme señor Smith.

—No es muy original.

—No pretendo ser original con mi nombre, sino con mis procedimientos. En primer lugar, vamos a señalar el día. ¿Le parece bien pasado mañana?

—Ha de ser hoy.

—¿Hoy dice?

—Esta noche.

—No, señor Connors. Eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—¿Es que no se da cuenta de que su coartada es lo más importante?

—Yo debo estar en una reunión de amigos lo más lejos posible de esta ciudad.

—Leyó bien las crónicas de mis trabajos.

—No se preocupe por eso. Prepararé una reunión para las ocho. Pero será en la ciudad. Recuerde que soy el presidente del consejo de administración de una editorial. Tengo las direcciones de dos docenas de mis empleados. Prepararé una reunión con tres o cuatro de ellos.

—Serán bastantes.

—Estaré a partir de las ocho con ellos. Y usted hará...

—Dígalo, señor Connors. Haré mi trabajo.

—Hará su trabajo a las nueve y media.

—Es muy precipitado. Será mejor que lo dejemos para mañana.

—No, señor Smith. Tiene que ser esta noche.

—Deme un par de minutos para pensarlo.

Fred también pensó durante aquellos dos minutos. Jane iba a mandar los falsos documentos acusando a Helen a la Universidad. No, no podía consentírselo.

Sonrió con amargura pensando en Guy Vallone. El le había dicho que el sobrino decidía demasiado precipitadamente la muerte de su tía, y él, Fred, le había puesto aquel ejemplo del muro del pantano que soportaba la presión de millones de toneladas de agua y que si se hiciese un agujero toda la pared se derrumbaría.

La propia Jane había hecho el agujero en su muro. Había decidido renunciar a que el estrangulador le prestase sus servicios. Pero Jane era una alimaña, como había dicho aquel hombre que estaba a la otra parte del hilo. Quería destruir a Helen y también lo destruiría a él.

—De acuerdo, señor Connors. Será esta noche y a la hora que usted ha establecido. A las nueve y media.

—¿Cómo entrará en la casa?

—No se preocupe. Es cuenta mía. Usted sólo debe preocuparse de sí mismo. Recuerde, ha de estar con sus colaboradores.

—No le fallaré.

—No vuelva a su casa hasta las diez.

—Sí, señor Smith.

—Hágase acompañar por un par de sus testigos. Cuando llegue a su casa, invíteles a tomar una copa.

—Será fácil.

—Deben descubrir el cadáver los tres conjuntamente. Usted y las dos personas que lo acompañan.

—Sí, señor Smith.

—Y ahora pasemos al otro punto. Al pago. Serán diez mil dólares.

—Es un precio elevado.

—¿Elevado? Vamos, señor Connors —rió el asesino—. Debería saber que estoy al corriente de todos los detalles. Usted, con la

muerte de su esposa, se convertirá en el mayor accionista de la Editorial Farnier.

—Pero no tengo esa cantidad en efectivo ahora.

—Pagaré dentro de unos días.

—¿Dentro de unos días?

—No tengo prisa. Sé que mis clientes son gente de palabra. Y me fío de ellos. Estaré aquí unos días para ver el jaleo que se arma. Sí, señor Connors, es mi defecto. Me gusta la publicidad. Quiero saber qué dicen los periódicos y la policía. Me divierte mucho.

Connors entendió que estaba hablando con un hombre de mente enferma. ¿Y qué otra cosa podría esperar del estrangulador que se hacía llamar Smith?

Por unos momentos, estuvo tentado de decir:

«No, señor Smith. Me vuelvo atrás».

Pero pensó en Helen, y en el mal que le haría Jane mandando a la Universidad los falsos informes.

—De acuerdo, señor Smith. A partir de mañana reuniré los diez mil dólares.

—No se precipite. La policía sigue muchas pistas. Si sacase los diez mil dólares de una vez de alguna parte, podría provocar las sospechas de los polizontes.

—Me las arreglaré para llegar a la cantidad sin que ellos se den cuenta.

—Bien, señor Connors. Entonces no hay más que hablar. No le llamaré hasta pasados dos o tres días.

—¿Adónde?

—Yo nunca digo dónde voy a llamar, señor Connors. No se preocupe. Sé lo que debo hacer en cada momento. Hasta la próxima, señor Connors.

El estrangulador colgó.

Ya estaba todo decidido.

Tuvo la extraña sensación de que por sus venas corría sangre helada.

Sacó su agenda. Primero marcó el número de Vallone. Se puso su mujer y la tuvo que saludar y preguntar por sus dos pequeños. Uno de ellos estaba resfriado, con un poco de fiebre. Deseó al niño un pronto restablecimiento y luego se puso Vallone.

—Guy, necesito hablar con usted sobre una idea que se me ha

ocurrido para una nueva colección de novelas policíacas. Lanzaríamos a Michel Harvey primero. Sería la mejor publicidad. Estoy seguro de que Michel Harvey nos puede proporcionar dinero... En otras ocasiones, usted, Ken Norton y William Schell me han hablado de esa colección, y yo me resistí a aceptar sus sugerencias... He pensado que podríamos hablar con libertad fuera de la oficina. En el Club 72, por ejemplo. ¿Podría estar usted a las ocho?

—Oh, sí, desde luego...

—Pensé que como tenía al niño enfermo...

—No se preocupe. No tiene nada. Marion se asusta demasiado.

—Llamaré a Ken Norton y a William Schell para que se reúnan con nosotros a esa hora.

—De acuerdo, señor Connors.

Luego marcó el número de William Schell.

Le explicó el asunto.

William Schell era mayor que Vallone. Tenía unos cincuenta años, pero era uno de los mejores especialistas de las novelas policíacas. Había trabajado en cuatro editoriales, pero tenía un carácter muy difícil y por ello habían rescindido sus contratos. Ahora llevaba dos años con la Farner y Connors sabía cómo tratarlo. Precisamente, el único punto de fricción entre ellos había sido aquella nueva colección de novelas policíacas. William Schell era partidario de que la Farner tuviese una colección de novelas policíacas de gran categoría.

Schell se mostró entusiasmado con la reunión.

—Señor Connors, acabo de leer el manuscrito de Michel Harvey.

—¿Le gusta?

—¿Gustarme? ¡Estoy entusiasmado!

—Sería el primer número de la colección.

—Estoy de acuerdo. Y tengo preparados los siguientes números hasta el diez.

—Luego lo discutiremos. ¿A las ocho en el Club 72?

—Sí, señor Connors.

Su tercer testigo sería Ken Norton.

Le explicó el asunto, como a Vallone y a Schell.

—Me hago cargo, señor Connors, pero no pensaba salir.

—¿Alguna dificultad, Norton?

—Mi prometida quería que fuésemos al Palacio de los Deportes. Hay un combate de boxeo. A ella le gusta.

—Bueno, si tiene ya las entradas.

—No, no las tengo. A mí no me gusta el boxeo. De acuerdo, señor Connors. Me servirá de excusa para librarme de esa carnicería.

—No me gustaría que se disgustase con su prometida.

—Oh, no, Deborah comprende que me debo antes que nada a mi trabajo. Estaré a las ocho en el Club 72.

—Gracias, Ken.

Salió de la cabina y tropezó con una mujer.

—Disculpe, señora.

Helen estaba sentada en la mesa, muy seria.

Fred le puso una mano en el hombro y le apretó con suavidad.

Fred se sentó y se miraron sin decir nada.

—Dijiste que esta situación estaba llegando a su fin.

No, no le podía decir la clase de conversación que había sostenido con el asesino. Tenía que dejar a Helen fuera del asunto.

—Helen, ¿tienes fe en mí?

—¿Respecto a tus sentimientos? Sé que me quieres, Fred.

—Es lo que me importa.

—¿Por qué me has hecho esa pregunta?

Fred sonrió.

—Necesitaba oírtelo decir.

—Yo te quiero, Fred.

—Lo sé.

—¿Por qué dijiste que esta situación estaba llegando a su fin?

—Estoy dispuesto a pedir el divorcio.

—¿Y las amenazas de Jane?

—No me importan.

—¿Sabes lo que haces, Fred?

—Lo sé perfectamente. Tú y yo nos iremos de esta ciudad.

—¿Irnos?

—Sí, Helen. Nos iremos. No podemos seguir aquí... Hay otras ciudades en el país.

—Pero el divorcio requiere tiempo.

Fred se mordió el labio inferior. Ya había cometido un error. Naturalmente, pensaba marcharse con Helen cuando pasase algún

tiempo después de la muerte de Jane. No, no seguiría al frente de la editorial. Vendería sus acciones. Y hasta es posible que no se dedicase a editar libros. Podría invertir el dinero en una granja. Había soñado con ella de pequeño, y luego renunció a ese sueño para dedicarse a la literatura. No había tenido éxito como escritor y un día se encontró metido en el negocio de libros. Y más tarde conoció a Jane...

Oyó a Helen.

—El divorcio llevará meses.

Tenía que disimular o él mismo caería en la trampa.

—Una vez entablado el divorcio, podremos vernos con más frecuencia, Helen. Me iré a vivir a un hotel. Ya no estaré obligado a guardar las apariencias.

—Eso es cierto. Después de todo, nadie te puede obligar a que te separes de mí, si haces las cosas con arreglo a la ley.

—Sí, Helen, la ley está de nuestra parte.

Se sintió avergonzado de decir aquello. La ley estaba de su parte, pero él había dado autorización para que se cometiese un crimen, y la víctima era su mujer.

Rechazó aquel pensamiento.

Consultó su reloj. Eran las siete y media. Tenía el tiempo justo para despedirse de Helen y acudir a la cita con sus testigos en el Club 72... Sus testigos, los hombres que tendrían que estar con él mientras su mujer era asesinada.

—Helen, tengo una reunión importante en el Club 72.

—¿Ahora?

—Se trata del lanzamiento de una nueva colección de novelas policíacas. He citado allí a mis más directos colaboradores.

Helen había pedido un martini pero no lo había probado.

—No has bebido nada, Helen.

—No tengo ganas.

—Pero ahora debes beber por nuestro éxito.

—¿Éxito?

—El divorcio.

Helen bebió un largo trago.

Fred sintió que el corazón le golpeaba contra el pecho. No era el éxito por el divorcio, sino el éxito por el crimen.

—Te acompañaré a casa —dijo Fred cuando llegaron a la calle.

—No, Fred. Quiero ir paseando.

—Hay demasiados tipos que se creen muy listos y abordan a las chicas que pasean solas, sobre todo si van solas.

—Gracias, Fred. Pero prefiero andar un poco. Necesito pensar.

—¿Qué es lo que necesitas pensar?

—Todo lo nuestro.

Fred le acarició la mejilla.

—Helen, deja las preocupaciones para mí.

—Yo las comparto contigo.

La besó en la comisura de la boca.

—Llárame mañana a la oficina, Helen.

—De acuerdo.

Vio cómo se alejaba la joven por la acera.

Montó en el coche y se dirigió hacia el Club 72.

CAPÍTULO VI

Estaba reunido con sus colaboradores.

Como había esperado, William Schell era el más entusiasmado con la idea de la nueva colección de novelas policíacas.

Ken Norton también había leído el manuscrito de Michel Harvey, y estuvo de acuerdo en que se trataba de una novela excepcional, la mejor que había caído en sus manos en los últimos años. Era una magnífica idea lanzar una nueva colección con un *best-seller*, y el manuscrito de Michel Harvey lo sería. Su título era: *Los fríos senderos del crimen*.

En un momento determinado, Vallone dijo:

—No estoy de acuerdo con ese título.

—¿Por qué no? —preguntó Fred.

Acababa de consultar su reloj. Eran las ocho y media. Sesenta minutos más y Jane dejaría de existir.

—Demasiado complicado para la masa —explicó Vallone—. Y sabemos que un *best-seller*, para leerlo, ha de ser adquirido por ese lector neutro que sólo compra el libro del año, o a lo sumo dos o tres que han obtenido gran resonancia.

—Analicemos la cuestión —propuso Fred—. ¿William?

Schell, el hombre que llevaba muchos años en el género, cabeceó:

—La verdad es que me preocupó a mí también. Pongámonos en el papel del protagonista. El sobrino va a matar a su tía. En realidad, él no ha querido matarla nunca. Su reacción es súbita. ¿Se puede hablar en tal caso de que haya seguido un sendero?

—Yo quiero decir algo a ese respecto —dijo Norton.

Todos le miraron y Norton bebió un trago de *whisky* antes de proseguir:

—Creo que Michel Harvey ha considerado que, aunque el

sobrino no ha pensado nunca en matar a la tía, la ha estado matando siempre, desde muchos años atrás. En la novela, Johnny, el sobrino, recuerda que cuando él tenía siete años, su tía le quitó una muñeca diciéndole: «Ésos son juguetes de niñas». Entonces, Johnny atrapa una margarita del jardín y la rompe por el tallo, la estruja en la mano y ve cómo destila la savia. Una gota cae en su camisa. Levanta el faldón y lo acerca a sus labios. Johnny dice que sintió el contacto de algo muy frío. En ese momento, cuando está quebrando la margarita, lo que quiebra es el cuello de su tía Ethel, y es justamente lo que hará más tarde, cuando haya preparado su muerte de una forma tan perfecta que sólo con su confesión será castigado el crimen.

Connors no prestó atención a la zarabanda que originó aquellas palabras. Sus tres colaboradores empezaron a hablar entre sí. El estaba pensando en otra cosa. En Jane.

Quizá el Estrangulador no le tronchase el cuello. No, a él le bastaría con ponerle las manos en la garganta y apretar. Los ojos de Jane parecían ir a salir de las órbitas. El aire huiría poco a poco de sus pulmones, hasta que no le quedase nada en ellos. Y entonces habría llegado el fin.

Trató de ver la cara del asesino. No, no lo había visto nunca. Sólo vio a un hombre como en un extraño cuadro surrealista. Una cara sin ojos, sin nariz, sin boca.

Y había amado a Jane. Sí, la había amado. En eso nunca mintió.

«Ahí tienes el teléfono, Fred. Sólo tienes que decirle a Jane que se vaya de la casa. No, teso no. El Estrangulador puede estar allí, vigilando, y si la viese salir, Ja estrangularía en el jardín o en la calle».

Vio a aquel hombre sin cara en el jardín, agazapado, a la espera del momento de entrar en la casa. ¿O estaría en el interior de su automóvil, un poco más abajo o más arriba de la casa?

Era demasiado pronto. No estaría en el jardín ni en su auto. Alguien lo podía ver merodeando y él hacía las cosas perfectamente porque llevaba muy bien su negocio.

«Anda, Fred, vete a la cabina y marca el número de la policía. Es lo mejor. Sólo tienes que pedir que vayan a tu casa y ellos impedirán el crimen. Y quizá hagan algo mejor. Atrapar al asesino. ¿Recuerdas? De aquí se irá a otra ciudad a ofrecer sus servicios a

otra persona que se encuentre en una situación parecida a la tuya. Naturalmente, serás detenido porque tú contrataste los servicios del Estrangulador por diez mil dólares, y también será tu ruina, porque mañana lo publicarán todos los periódicos. Y Helen se enterará de la clase de tipo que eres. No, Helen, nunca se casará con un hombre que se atrevió a contratar a un asesino para desembarazarse de su mujer».

Oyó a William Schell.

—Señor Connors, usted no ha opinado sobre el título.

—Me parece bueno.

—¿Ah, sí?

—Creo que el crimen, sea por una súbita reacción o por un complicado proceso, siempre es frío. Y los caminos que conducen a él son también fríos, porque el corazón del asesino se convierte en un trozo de hielo —sonrió—. Naturalmente, estoy hablando en un sentido metafórico. Y creo que Michel Harvey utilizó la metáfora para el título de su obra. Por mí no hay inconveniente en que se siga conservando el título.

—Retiro mi objeción —dijo Vallone—. Me han convencido.

Connors consultó su reloj. Habían pasado diez minutos. Sólo faltaban cuarenta para que el Estrangulador hiciese su trabajo.

—Yo tengo que hacer una objeción —dijo Schell.

—¿A qué? —preguntó Fred.

—Al inspector Harris, de la novela de Harvey.

—Que yo recuerde, su forma de actuar en el caso es correcta.

—Michel Harvey ha elegido muy bien las palabras que hace pronunciar a Harris. Admito que su diálogo es sabroso, pero se expresa como lo haría un catedrático de psiquiatría criminal.

—Un policía puede ser aficionado a la psiquiatría criminal, si forma parte de su trabajo.

—Pero no necesariamente.

—En eso estoy de acuerdo. Harris, en el conjunto de la novela, esclarece la mente del asesino. Es él quien, con su habilidad, está mostrando a Johnny el camino que debe seguir. Harris le viene a decir: «Has cometido un crimen perfecto, Johnny. Te felicito. No podemos hacer nada contra ti. Puedes marcharte libre y seguir el rumbo de tu vida. Por eso tú tienes que ser quien te atrapes a ti mismo».

Vallone intervino:

—Eso es bueno.

Connors quiso replicar para apartar la mirada del reloj.

—Admito que el autor resulta poco convincente en el final.

—¿Por qué? —preguntó Vallone.

—El sobrino empieza a darse cuenta de que Harris influencia en él.

—Perdone, señor Connors, pero el sobrino se aparta de Harris siempre que puede. En no menos de tres ocasiones deja a Harris con la palabra en la boca.

Connors se dio cuenta de que se había equivocado.

Vallone tenía razón. Su deseo de seguir la conversación, de abstraerse del reloj, le había hecho decir una tontería.

—Leí la novela demasiado aprisa, absorbido por el argumento. La volveré a leer esta misma noche.

—El punto más grave es el siguiente —dijo Schell—: ¿Fue el crimen necesario?

—Claro que lo fue —repuso Vallone.

—Sólo desde un punto de vista novelístico —repuso Schell.

Connors tuvo la impresión de que una garra le apretaba por la nuca. ¿Era el crimen necesario?

¿Era necesario que muriese Jane? ¿No existía otra forma de solucionarlo?

¿Vivía o no vivía en el seno de la civilización?

De pronto, lo vio todo con claridad.

Se levantó de un salto.

—Perdonen, amigos, proseguiremos mañana.

Dejó un poco asombrados a sus colaboradores.

—Verán —tartamudeó—, no me encuentro bien. Siento una fuerte jaqueca.

Dijeron que lo sentían.

Fred se despidió. Ellos acordaron quedarse un rato más para seguir hablando de la nueva colección.

Fred pagó la cuenta y se fue al estacionamiento.

No tenía necesidad de apretar el acelerador. Llegaría a tiempo, antes de las nueve y media. Como veinte minutos antes.

Tenía una pistola en la guantera. Sí, allí estaba. Impediría que el Estrangulador matase a Jane y lo detendría en su casa hasta que

llegase la policía. Diría que había aceptado la propuesta de el Estrangulador para cazarle. No, no lo detendrían. Todo lo contrario. Recibiría la felicitación de los policías. Pero luego le diría la verdad a Jane. Y ella se sentiría avergonzada por haber hecho amañar pruebas falsas contra Helen, y le concedería el divorcio.

Todo sería muy rápido, y él y Helen podrían marcharse de la ciudad.

«Los fríos senderos del crimen».

Sí, eran fríos. Iría con Helen a una playa caliente. Tenían algunos ahorros. Se marcharían a Miami. Y allí no hacía frío.

Cuando se acercaba a la casa, aminoró la velocidad.

Había tardado un poco más. Eran las nueve y cuarto.

Observó los coches. Vio a una pareja que se estaba besando en el interior de uno de ellos.

En los demás autos no había nadie.

Llevó el suyo a la cochera.

Saltó con la pistola en la mano.

El Estrangulador podría estar en el jardín. Metió la pistola en el bolsillo, pero apretó la culata.

Anduvo despacio, mirando a un lado y a otro.

Algo se movió a la derecha, en un seto. Giró bruscamente sacando la pistola del bolsillo.

Era el perro de sus vecinos.

—¡Fuera, «Dick»!

El perro obedeció. Se quedó mirándole.

Fred subió al porche y abrió con su llave.

Entró en el *living* y quedó inmóvil, sobrecogido, con la pistola en la mano.

Una silla estaba volcada en el suelo. Una botella de *whisky* estaba rota y había derramado su contenido sobre la alfombra. Muchos objetos habían caído de la mesa, el cenicero, y el suelo estaba lleno de puntas de cigarrillos.

El corazón le golpeó contra las costillas.

Todo aquello indicaba una cosa. Que allí había habido una fuerte lucha. Se sintió espantado. En el *living* podían haber luchado dos personas. Su mujer, Jane, tratando de salvar su vida, y el Estrangulador, tratando de quitársela.

—¡Jane!

No le contestó nadie.

Dio unos pasos por la habitación y sus ojos fueron hacia el reloj eléctrico. Las saetas estaban marcando las nueve y dieciséis.

El asesino se había adelantado. Tenía que ser eso.

El hombre que había contratado para matar, había cometido un crimen que él ya no quería que cometiese.

Pero no veía a Jane.

La puerta de la alcoba estaba entornada.

Allí estaría ella. Jane habría gritado y él la debió arrastrar hasta el dormitorio. Y allí había terminado el trabajo...

Empujó la puerta de la alcoba.

—¡Jane!

No la vio en la cama tampoco.

—¿Dónde estás, Jane?

Vio una pierna por la esquina de la cama.

Estaba desnuda, sin medias y sin las zapatillas, inmóvil.

Caminó hacia la cama y poco a poco la vio. Seguía con los *shorts* y con la blusa. Y estaba boca abajo, con la cabeza torcida como una muñeca a la que hubiesen roto el cuello.

CAPÍTULO VII

Fred Connors entró en la habitación.

—Jane —murmuró.

Arrojó la pistola a la cama y fue al lado de su mujer. Se arrodilló ante ella.

—Jane, yo no quería...

De pronto Jane se volvió boca arriba y se le quedó mirando.

Fred la observó a su vez.

—¡Jane!

—¿Qué es lo que no querías, amor mío?

—Yo... Yo...

—¿No querías que él me matase?

Los pensamientos dieron vueltas en la cabeza de Fred. ¿Qué había pasado? El Estrangulador se había adelantado, Eso estaba claro. Y no logró sorprender a Jane. O quizá ella se había dado cuenta de su presencia. Los dos lucharon, como lo probaba los muebles del *living*. Y luego Jane había hecho huir al Estrangulador.

—¿Te ha hecho daño, Jane?

—No.

—Lo celebro.

—¿Tú lo celebras? —repuso ella con sarcasmo.

—Vine para impedir que te pasase algo malo.

El fue a cogerla de un brazo para ayudarla a levantarse, pero Jane le pegó con la mano como si fuese una zarpa.

—¡No me toques!

Jane se levantó. La blusa estaba desabrochada y enseñaba una gran parte del estómago.

—Traías una pistola, Fred.

Jane cogió el arma.

—¿Me querías rematar?

—No.

—Entonces, ¿para qué traías la pistola?

—Para impedir que él te matase.

—¿Qué fábula se te ha ocurrido, maridito?

—Lo sabes todo, ¿eh?

—Tu asesino me lo explicó. Le ibas a pagar diez mil dólares por mi muerte.

—Es cierto.

—Vaya, menos mal que lo confieras —sonrió ella—. Pero no pude soportarlo.

—¿No pudiste? ¿Por qué?

—De pronto descubrí que...

—¿Que sigues enamorado de mí?

—No, Jane.

—¿De repente te diste cuenta de que me quieres?

—No, Jane.

—Entiendo. Lo hiciste por piedad.

—No tenía ningún derecho a quitarte la vida.

Ella lanzó una carcajada.

—Eres enternecedor.

—No te burles, Jane. Te estoy diciendo la verdad.

—¿Qué sabes tú de la verdad?

—El Estrangulador tenía que haber venido aquí a las nueve y media. Yo llegué a las nueve y cuarto. Pensé que tendría tiempo para impedir que él te matase. Lo habría detenido a su llegada para entregarlo a la policía.

—¿Y luego qué? ¿Le habrías explicado a la policía que habías contratado a un hombre para matar a tu mujer?

—Lo habría dicho de otra forma. Que él se me ofreció y que le armé una trampa para cazarlo. Había cometido otros crímenes.

—Querías ser un héroe, ¿eh?

—No, no quería ser un héroe. Te he dicho que acepté que él te matase... Pero luego me eché atrás.

—Anda, continúa. No te detengas, Fred. ¿Qué es lo que sigue ahora?

—Sólo quiero separarme de ti.

—¿Para siempre?

—Para siempre, Jane. Y ya no me importa convertirme en un gusano, como tú dices. Si tengo que dejar el negocio Editorial, lo

dejaré. Trabajaré en cualquier cosa.

—¿Llenando los tanques de gasolina en una estación de servicio?

—Haré eso si es preciso.

—Oh, claro. Lo importante es alejarte de mí.

—Sí.

—Te falta agregar algo, maridito. Lo importante para ti es alejarte de mí y reunirte con ella. Anda, niégalo.

—No, no lo voy a negar. Quiero a Helen.

—Salgamos al *living*. Tengo necesidad de beber.

—No bebas ahora.

Jane gritó:

—¡Cuando necesite tus bastardos consejos te los pediré! ¡He dicho que quiero beber!

Jane salió del dormitorio.

Fred permaneció unos instantes solo, mirando el lugar donde había encontrado a Jane en el suelo. ¿Por qué había simulado ella estar muerta? ¿Sólo para asustarlo? ¿Cómo se había desarrollado la lucha? El Estrangulador nunca había fallado. ¿No le había dicho él que conocía su trabajo? ¿Por qué había llegado a la casa antes de tiempo?

Salió al *living*.

Jane ya tenía un vaso de *whisky* en la mano.

Había dejado la pistola en el mueble-bar.

—De modo que el señor quiere a Helen, y está dispuesto por ella a todo, incluso a aceptar propinas en una estación de servicio.

—Deja eso, Jane.

—¡No voy a dejarlo!

—Descuelga el teléfono, Jane. Debes de llamar a la policía.

—¿Para qué?

—En tu casa entró un asesino. Trató de estrangularte.

—¿Qué quieres que les diga? ¿Que fue un ladrón? ¿Alguien que creyó que no había nadie en la casa?

—Diles la verdad.

—¿Debo decirles que contrataste a ese hombre para que me matase?

—Sí.

Jane se echó a reír otra vez. Bebió un trago de *whisky* y apuntó a Fred con la otra mano.

—Cariño, ¿por qué no bebes tú también?

—No.

—¿Es que no lo sabes? Ésta es una fiesta organizada por mí.

—¡Ya basta, Jane! Llama a la policía antes de que te emborraches.

—No voy a llamar a la policía ahora. Ni tampoco la llamaré después, maridito. Los policías no tienen nada que hacer aquí.

Fred entornó los ojos.

—No voy a aceptar tu propuesta, Jane.

—¿A qué propuesta te refieres?

—Me vas a decir que no llamarás a la policía, a condición de que me quede contigo.

—Eso estaría muy feo por mi parte, ¿verdad? Sería un chantaje.

—Puedes llamarlo así.

—¿Y no lo aceptarías, Fred?

—No.

—De modo que prefieres que llame a los polis.

—¡Llámalos de una vez!

—¡Te he dicho que no lo voy a hacer!

—No te va a servir de nada, Jane. Me marcharé de aquí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Está bien. Vete a dar una vuelta, pero vuelve pronto.

—No volveré.

—¿Qué has dicho?

—¡No volveré nunca! ¡La próxima vez que nos veamos será en un tribunal!

—Pedirás el divorcio.

—Sí. De modo que todavía puedes descolgar el teléfono y llamar a la policía para contarles la verdad.

—Tu amor por Helen debe ser enorme como la bola del mundo.

—No digas cosas ridículas.

—¿Y cómo es tu amor por Helen? ¡Dímelo tú!

—¡No quiero hablar de ella!

—¡Tendrás que hablar!

—No, Jane. No hablaremos de Helen ni de ningún otro tema. Iré a mi cuarto. Meteré en mi maleta lo más necesario y me marcharé de aquí. Tienes todo ese tiempo para llamar a la policía. Es la

última oportunidad que te concedo.

—Espera un momento.

—¡No puedo esperar más! Esta atmósfera me ahoga.

—Y mi presencia te da asco.

—Jane, por favor, deja de atormentarme y de atormentarte tú misma. Podemos acabar esto de una vez por todas. Sin dramas, sin tragedias. Pudo sobrevenir lo peor de todo con tu muerte, y por fortuna no ha pasado nada. No puedo decir que nos separemos como amigos porque sonaría a falso. Pero hagámoslo con un poco de comprensión. Sólo te pido eso, un poco de comprensión, Jane.

Fred caminó hacia la salida del *living*.

—¡Párate, Fred!

El siguió andando y ella exclamó:

—Vas a oír lo más importante de todo lo que dije hasta ahora.

Tampoco Fred se detuvo. Ya iba a salir del *living* cuando Jane dijo:

—Escucha, estúpido. ¡Yo contraté al estrangulador! ¡El vino a esta ciudad porque lo traje yo!

CAPÍTULO VIII

Fred Connors giró sobre sus talones.

Jane le sonreía con la cabeza ligeramente ladeada, el vaso de *whisky* en la mano.

—No, Jane, tú no has hecho eso.

—Lo he hecho, querido.

—Estás mintiendo. Me quieres volver loco. Es eso lo que buscas, ¿verdad, Jane?

Fred echó a andar otra vez hacia ella, mirando los objetos caídos en la habitación, la botella de *whisky* rota, la silla volcada, el cenicero en la alfombra, con las puntas de cigarrillos desparramadas.

—El Estrangulador te sorprendió, Jane. Por alguna razón llegó antes de la hora señalada. Quizá oíste un ruido y te dio tiempo para repeler el ataque. Luchasteis Tú no querías morir, Jane.

Ella rompió a reír a carcajadas.

—Eres muy gracioso, Fred. Anda, sigue. ¿Qué pasó?

—Te pusiste a gritar y te arrastró hacia el dormitorio. Pero allí tú lo debiste golpear y huyó.

—Estúpido. Todo fue una comedia. Yo volqué esa silla, y el cenicero y todo lo demás. Y también rompí la botella.

—¿Para qué?

—Para que tú creyeses, cuando llegases, que todo había salido según tus cálculos.

—Yo también vine antes.

—Te oí llegar.

Fred se apretó las sienes con la mano.

—¿Dónde encontraste al Estrangulador, Jane?

—Yo no lo encontré.

—¿Fue él quien te buscó? Dijo que era asunto suyo. Que él elegía a sus clientes. Como a mí.

—Eres un ingenuo, Fred. El sabía todo de ti porque yo lo mandé llamar. Yo lo informé de nuestra situación. Le dije que hablase contigo, que te ofreciese sus servicios para estrangularme.

—No, Jane, no te creeré aunque lo jures.

—La primera vez te llamó a la cafetería Orfeo.

Fred arrugó el ceño.

—Sí.

—La segunda vez te llamó a tu oficina.

—Sí.

—Ninguna de las dos veces aceptaste sus servicios.

—Es cierto.

Jane bebió un trago de *whisky* y después de paladearlo dijo:

—Pero al fin te decidiste a contratar al asesino, cuando estabas en el restaurante Davison.

—Eso te lo ha podido contar él.

—¿Por qué me lo iba a decir?

—Quizá porque le apuntaste con una pistola. Tiene que ser así.

—No, querido. Tú no te decidías a aceptar al Estrangulador para que te enviudase, y entonces tuve que forzarte un poco... ¿Recuerdas? Di con el argumento bueno. Los informes falsos de Helen. Iba a enviarlos mañana a la Universidad y a Helen la echarían a la calle... Y no lo pudiste resistir.

Fred caminó hacia el bar y se sirvió una ración da *whisky*.

—Lléname también a mí el vaso, querido.

—Ya has bebido bastante.

—Te ordeno que me sirvas.

—¡Vete al infierno! ¡Tú no me das órdenes!

Ella rió otra vez, echando hacia atrás la cabeza.

—No admites mis órdenes. Te he tratado como a un muñeco — se quedó repentinamente seria y lo miró con todo el odio del mundo—. ¡Has sido una marioneta! ¡Te he movido yo!

Imitó con sus manos los movimientos del artista que tira de los hilos para que sus muñecos ejecuten lo que él quiere que hagan, y resultó grotesca.

Fred bebió un largo trago.

—¿Por qué, Jane?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué lo has hecho, maldita sea?

—¡Porque me ha dado la gana!

—¡Eso no es una respuesta!

—Es la única que vas a tener.

—Eres una perturbada, Jane... Veamos si lo comprendo. Trajiste al Estrangulador.

—Sí.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Tengo dinero, ¿verdad? Y con dinero se consigue todo. Hablé con un tipo, un viejo periodista que me facilitó al asesino.

—¿Quién es?

—No te lo diré.

—Tienes que decírmelo.

—¿Para qué?

—La policía tiene que echar mano al Estrangulador. Mató en varias ciudades. Lo comprobé en los periódicos. No lo inventaste tú... Mató a varias mujeres y seguirá matando.

—De eso no tengo la menor duda.

—Nosotros lo vamos a impedir.

—¿Nosotros? ¡Tú y yo no impediremos nada!

—¡Entonces lo haré yo solo!

—Lárgate ya, Fred. Lárgate de una vez. Vete a pasear. Cuéntale a la luna y a las estrellas tu tragedia. Si yo estuviese en tu lugar les diría lo siguiente: «Voy a seguir con Jane, con mi mujercita».

—No seguiría a tu lado aunque me ofrecieses todo el oro del mundo. No te conocía bien, Jane. ¡Pero ya sé quién eres!

—Miren quién habla —rió Jane—. Ibas a pagar diez mil dólares a un hombre para que me estrangulase.

—Tú me pusiste al borde del crimen. Suponiendo que no mientas y que el Estrangulador viniese aquí por encargo tuyo, fracasó en sus dos primeros intentos. No quise aceptar su propuesta. Y después, como has dicho, tú misma me induciste a reconsiderar la posibilidad de que yo enviudase... Y ha resultado todo una comedia. ¡Una monstruosa comedia!

Ella continuó riendo.

—¿Habrías preferido que fuese verdad?

—No, Jane. Te he dicho una y otra vez que llegué antes para impedir tu muerte.

—¡Pero no impediste nada!

—El arrepentimiento es lo que cuenta.

—¡No me interesan tus piojosos lloros!

—De acuerdo, Jane. Te he ofrecido varias soluciones. Una de ellas es que llamasen a la policía para que yo pudiese confesar todo. Ahora comprendo por qué no lo haces. Tú también tendrías que decir algunas cosas. Sabes quién es el Estrangulador. Has hablado con él.

—Me aburres, Fred.

—Voy a dejar de aburrirte enseguida. Me voy.

—Quiero que estés aquí pronto.

—Te dije antes que no volvería y las cosas no han cambiado. Todo lo contrario. Ahora es cuando me das asco. ¡Hasta nunca, Jane!

—¡Espera, Fred!

—Ya no me retendrás aquí ni un minuto.

—¿Es que no vas a oír lo más emocionante?

—¡No quiero oír más tus pueras palabras!

Fred se dirigió a la escalera y subió a su habitación.

Empezó a hacer la maleta y de pronto recordó que debía avisar a Helen.

Descolgó el auricular y marcó el número de su apartamento.

Sonó tres veces el timbre antes de que descolgasen.

—¿Helen?

—Buenas noches, Fred.

—Todo ha terminado entre Jane y yo, Helen. Pediré el divorcio y me lo tendrá que conceder.

Ella no dijo nada.

—Helen, ¿me has oído?

—Sí, te he escuchado todo.

—Creí que te alegraría.

—Te quiero, Fred. Eso no lo puede cambiar nada ni nadie. Pero tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—A todo lo que te pueda pasar.

—No me va a pasar nada. Simplemente, recuperaré mi libertad. Eso es lo más grande que me va a ocurrir en muchos años. Voy a tu lado, Helen.

—No podía dormir... Ya sabes, pensando en lo nuestro.

—Antes de media hora estaré contigo, Helen.

—Te necesito, Fred.

—Y yo te necesito a ti más que a nada en el mundo, Helen.

Ella colgó y entonces Fred oyó una voz.

—Romeo y Julieta.

Era Jane. Aquel teléfono era una extensión, y ella había estado escuchando desde abajo, y ahora su mujer reía con su risa de ebria.

—Querido, ¿vas a recuperar tu libertad?

—Sí, Jane, ya puedes estar segura de que la recuperaré.

—¿Para casarte con tu Helen?

—Me casaré con ella.

—Me temo que no podrás hacer eso. Yo lo voy a impedir.

Fred golpeó el receptor, cortando la comunicación. Otra vez estaba furioso y se dijo que lo mejor que podía hacer era marcharse de allí cuanto antes, o él mismo haría el trabajo que no había hecho el Estrangulador, aunque él no fuese un asesino.

Metió su ropa en la maleta y, al cabo de unos minutos, salió de la habitación. Bajó la escalera.

No tenía intención de entrar en el *living*. Ya se había despedido de Jane, pero ella estaba apoyada en la puerta, quizá porque ya no podía tenerse en pie, aunque seguía con el vaso de *whisky* en la mano.

—¿Vas con tu Helen?

—Sí.

—Te la encontrarás muerta.

Fred se detuvo cuando ya había empezado a andar hacia el vestíbulo.

Miró a Jane y ella dijo:

—Yo le mandé el Estrangulador a Helen. Ése es el único trabajo que hará ese asesino esta noche... ¿Lo oyes...? ¡Va a matar a tu Helen!

CAPÍTULO IX

Fred Connors dejó la maleta en el suelo y se encaminó hacia Jane.

Ella seguía apoyada en la puerta.

—Jane, dime que eso no es verdad.

Ella entró en el *living*.

—Necesito más *whisky* —dijo.

El fue detrás de ella.

—¡Jane!

Ella llegó al mueble bar y se volvió bruscamente. Le estaba apuntando con la pistola de Fred.

El miró el arma y luego la cara de su mujer.

—Jane, deja esa pistola.

—No, no la voy a dejar.

—De acuerdo. Sigue con ella en la mano, pero dime que tú no mandaste a el Estrangulador a ninguna parte.

—Se lo envié a Helen.

—¡No, Jane, no!

—Me has engañado con esa trotacalles... Soy Jane Farner, educada en el mejor colegio de los Estados Unidos. He viajado por toda Europa. Conozco cuatro idiomas. Soy una mujer importante. Y tú preferiste a una vulgar estudiante. Me deshonraste, Fred. ¿Creíste que te iba a consentir eso?

—Jane, todavía no me has dado una sola razón para matar a Helen.

—¡Te he dado todas las razones del mundo!

—Ninguna de ellas justifica que le quites la vida a un ser humano.

—¿Tú dices eso? ¿Tú, Fred? ¡Aceptaste la oferta de un asesino!

—Te dije antes que la rechacé varias veces. Y has reconocido que tú me empujaste a aceptarlo.

—Siéntate, querido.

—No, Jane. No puedo sentarme. Descolgaré el teléfono y llamaré a Helen. Le tengo que decir que salga inmediatamente de su casa.

—Tú no usarás el teléfono.

—¡Tengo que llamarla!

—¡No la llamarás!

—¡Jane, hemos de impedir que asesinen a Helen!

—¡No vamos a impedir nada! Intenta tocar ese teléfono y te mato, Fred.

Connors estaba sudando. Sí, en pocos segundos sus poros se habían puesto a transpirar, y el sudor le chorreaba por las mejillas y por el cuello.

—¡Por lo que más quieras, Jane, vuelve en ti!

—Cariño... Soy Jane Farner, la misma Jane Farner, a la que juraste amar hasta el fin de tus días...

El dio un paso hacia ella.

—¡Quédate quieto!

—Quiero esa pistola, Jane.

—¡No te la daré!

—La necesito para impedir que té conviertas en una asesina.

—Yo no soy la asesina. Estoy procediendo en legítima defensa contra tu amiguita.

—Helen no ha querido nunca tu muerte.

—Pero la habrá deseado.

—Helen no es así.

—Oh, no, claro —rió Jane—. Helen es un ángel. ¿Te enamoraste de un ángel? ¡Pues a ese ángel le van a tronchar el cuello!

Fred saltó sobre Jane.

Ella disparó.

Fred ya la había atrapado por la muñeca y el proyectil se incrustó en la madera. Luego, Fred, con la otra mano, soltó una tremenda bofetada en la cara de su mujer.

Ella se derrumbó en la alfombra.

Fred, con la pistola en la zurda, corrió hacia el teléfono. Descolgó y marcó el número de Helen.

Sentía el fuerte latido de su corazón.

Una señal, dos, tres.

Fred apretó los maxilares; cerró los ojos con fuerza.

—Helen, coge el teléfono —murmuró—. Coge el teléfono, Helen. Otra señal, una más...

—¡Helen, por lo que más quieras, coge el teléfono!

Descolgaron y oyó la voz de ella.

—¿Sí?

—¡Helen, soy Fred! ¡Tienes que salir de tu casa ahora mismo!

—¿Qué te pasa, Fred?

Tenía que decírselo.

—Un hombre te va a matar.

—¿Qué dices, Fred?

—Mi mujer ha pagado a un asesino para que te estrangule.

—Oh, no.

—Helen, es un profesional. Un hombre que mata por dinero... Sal de tu casa. No pierdas el tiempo en llamar a la policía. Es demasiado tarde. Vete hacia el bar de la esquina. Allí habrá gente. Entra allí. Me reuniré contigo enseguida. ¡Pero no te detengas ni un segundo!

—Sí, Fred.

Helen Foster colgó el teléfono.

Se había quedado helada.

Había entendido perfectamente a Fred. Un estrangulador de mujeres se disponía a acabar con ella. Y Jane Farrow lo había pagado para ponerlo en marcha. Comprendía por qué. Jane no quería perder a Fred. Pero ¿qué importaba eso ahora? Tenía que salir de allí cuanto antes.

No, no podía acudir a sus vecinos. El de al lado, era el guardián de una fábrica que trabajaba de noche.

Y a la otra parte, un mujeriego que se pasaba la noche en otros lugares, fuera de su apartamento.

Fred le había dado el mejor consejo. Tenía que dirigirse al bar de la esquina. Quizá los clientes no fuesen personas demasiado educadas, pero era preferible estar en su compañía a estar con un asesino.

Se estremeció al pensar en ello.

¿Por dónde entraría el asesino?

Oyó un ruido procedente de su dormitorio. ¡La escalerilla de incendios!

Ella se encontraba en el *living*, junto a la mesita del teléfono, y quedó paralizada.

El asesino iba a entrar en su alcoba porque él pensaba que ella estaba durmiendo.

Se dirigió hacia la puerta. Saldría del apartamento antes de que el asesino la pudiese encontrar.

Abrió la puerta y lanzó un grito porque delante, en el mismo hueco, había un hombre con gafas negras, una bufanda Oscura en el cuello, el sombrero echado sobre la frente.

—Buenas noches, señorita Foster.

Helen trató de cerrar la puerta y él lo impidió desde el otro lado.

Helen chilló mientras seguía haciendo fuerzas para cerrar la puerta, pero el hombre logró meter una mano.

Y Helen vio que esa mano estaba cubierta por un guante negro.

Gritó otra vez mientras seguía poniendo todo su empeño en cerrar la puerta.

Pero aquella mano enguantada lo impedía.

Helen cogió la cadena para pasarla, pero el hombre logró abrir un poco más la puerta, y ella tuvo que renunciar a su primitiva idea, pero entonces, utilizando la propia cadena, golpeó con fuerza los nudillos de aquel hombre.

El asesino pegó un chillido y retiró la mano, aunque siguió empujando, la puerta con el hombro.

Helen comprendió que no podría resistir mucho tiempo. El hombre tenía más fuerza que ella, aunque le hubiese dañado con el golpe en la mano.

A su espalda había una silla y trató de alcanzarla; atraería la silla hacia sí, apoyaría una pata en el suelo y el otro extremo en la puerta, y con esa fuerza suplementaria, lograría cerrar y el asesino tendría que marcharse.

Pero no podía alcanzar la silla. No, aquel hombre no la dejaba.

Oyó otra vez su voz.

—Señorita Foster, ¿qué le pasa? Sólo le traigo un mensaje.

Helen sabía qué clase de mensaje le traía él. Un mensaje de muerte.

—Voy a gritar. Saldrán los vecinos.

—No hay vecinos.

—Se equivoca.

Los dos seguían luchando. Helen por cerrar y el asesino por abrir la puerta.

Y ahora él estaba ganando porque la puerta se abría pulgada a pulgada...

Helen no podía soportarlo más.

Saltó a un lado apartándose de la puerta.

Ésta se abrió bruscamente y el asesino entró tambaleándose.

Helen estaba cerca de la mesa. Cogió un cenicero y, cuando el asesino se derrumbaba, llevado por su impulso, trató de golpearlo en la nuca para dejarlo sin conocimiento, pero sólo lo alcanzó en el cuello.

El asesino cayó de bruces soltando una maldición.

Helen echó a correr y salió del apartamento.

Llegó a la escalera y bajó deprisa.

Oyó que el asesino ya salía del cuarto.

Ella había tomado una gran ventaja y debía conservarla.

No, no podía detenerse en la puerta de los otros apartamentos. Podía no haber nadie en el que eligiese para llamar, y el asesino la alcanzaría.

Su salvación era llegar a la calle y entrar en el bar.

El asesino bajaba mucho más aprisa que ella.

Oía el repiqueteo de sus pies en los peldaños.

Helen llegó al vestíbulo. Abrió la puerta de la calle y salió.

Estaba lloviznando. Las aceras y la calzada brillaban como el charol a la luz de las farolas.

No vio a nadie.

Corrió hacia el bar de la esquina.

¡Había conseguido salvarse!

Ahora el asesino tendría que marcharse. No, no la seguiría hasta el bar.

Y de pronto se detuvo. No quería dar crédito a lo que veían sus ojos. ¡El bar estaba a oscuras, cerrado!

Golpeó en los cristales.

—¡Señor Johnson...! ¡Señor Johnson!

Pero no vio a Johnson dentro. Ya se había ido a su casa.

Oyó pasos a su espalda y vio al asesino que se acercaba hacia ella con largas zancadas.

CAPÍTULO X

Helen echó a correr otra vez.

Se dio cuenta de que se dirigía hacia un solar.

Tenía que haber corrido en la dirección opuesta, pero ella quiso refugiarse en el bar.

Si se metía en el solar, le daría facilidades al asesino, porque sería alcanzada muy pronto por él y la mataría sin ninguna dificultad.

Dobló por un callejón. No había entrado nunca por allí. Sólo hacía cuatro meses que se había mudado a aquel lugar. Hasta entonces había vivido con otras dos compañeras. Pero luego, sus relaciones con Fred Connors la habían inducido a vivir sola.

No sabía adónde conducía el callejón y se hizo la pregunta. ¿Estaría cortado el callejón por el final? Si no tenía salida, quedaría a merced del Estrangulador.

No oyó los pasos del asesino. Se detuvo y miró a su espalda.

No, el asesino no había aparecido todavía por la esquina.

Vio unos cajones de basura. Se arrodilló entre ellos y quedó a la espera.

No se oía nada. Sólo la suave caída de la lluvia.

Buscó entre los cajones y encontró una botella rota. La cogió por el cuello. Aquellos cristales puntiagudos podrían servirle de ayuda si lograba clavarlos en el rostro del asesino.

De pronto oyó sus pasos.

Ya había llegado a la esquina. Contuvo hasta la respiración.

El asesino debía encontrarse a unos treinta metros de ella. Sólo treinta metros la separaban de la muerte. El asesino no podía equivocarse. La tenía que haber visto entrar en el callejón.

Fred le había dicho que era un profesional. Un hombre que mataba por un precio y él estaría sopesando sus posibilidades. Quizá el asesino estaba pensando que ella hubiese corrido hasta el

fondo, y escapado hacia otra calle, y en tal caso decidiría pasar de largo en busca de la otra calle.

Pero sus esperanzas se desvanecieron cuando oyó que el asesino se ponía en marcha por el callejón donde ella se encontraba.

El hombre andaba despacio, sin prisa, porque sabía controlar sus emociones.

Helen permanecía quieta, sin moverse una pulgada, respirando débilmente porque temía hacer ruido al llevar aire a sus pulmones.

Ya estaría él a diez metros.

Y ahora se detuvo.

Helen estaba sobrecogida por el pánico. De buena gana hubiese querido abrir la boca y lanzar un largo alarido. Pero aquel grito sólo serviría para que el asesino la focalizase y acabase su trabajo más pronto, porque él era un hombre rápido y eficaz.

El asesino estaría mirando de un lado a otro, observando todos los detalles.

Y otra vez Helen sintió que el corazón le daba un vuelco al comprender algo que no había tenido en cuenta. ¡Sus huellas! Sus pasos en la tierra mojada la traicionarían. Era lo que el asesino estaba buscando.

En aquel momento pasó frente a ella.

No, él no tenía ninguna linterna, pero siguió avanzando y pasó de largo.

Helen sintió la tentación de volverse y echar a correr hacia la calle donde ella vivía.

Pero el asesino estaba demasiado cerca y nunca la dejaría correr los treinta metros que la separaban de la esquina. La alcanzaría mucho antes.

Aquel hombre se detuvo de nuevo. Estaba a unos diez metros, a la derecha.

No había vuelto todavía la cabeza, pero Helen, temiendo que lo hiciese, se agachó más, tocando con su frente el suelo.

Ahora no podía ver al asesino y no sabía qué era lo que él estaba haciendo.

Pero quizá ya se había dado cuenta de que las huellas no seguían por el callejón y que, por tanto, ella se tenía que haber escondido en algún lugar, muy cerca de donde él se encontraba.

Otra vez empezó a andar el Estrangulador, y se alejó.

Helen recuperó el resuello.

Ya tenía otra vez la ventaja que necesitaba, y cuando se detuviese el asesino, éste llegaría a la conclusión de que ella no había seguido aquel camino y retrocedería.

Tenía que salir ahora.

Saltó de su escondite y echó a correr.

Oyó los pasos de él cuando se volvía bruscamente.

Mientras corría, recordó la cabina telefónica que había más arriba del bar, a unos cincuenta metros. Tendría tiempo para llegar y llamar a la policía.

Podía gritar, pero eso no serviría para nada. Leía todos los días en los periódicos los ataques de que habían sido víctimas algunas mujeres, en muchas ocasiones a la luz del día, con gente cerca, y nadie había tratado de ayudar a la víctima. No, no podía exponerse. Allí no había nadie a su alcance porque todos estaban en sus casas, durmiendo. Tenía que ser ella la que lo hiciese todo por sí misma.

El asesino estaba corriendo mucho.

La distancia que los separaba disminuía a cada instante y Helen comprendió por qué. Ella estaba muy cansada. Le dolía el costado.

Vio la cabina telefónica a lo lejos, pero le pareció que estaba en el fin del mundo.

De pronto cesaron los pasos a su espalda.

Se detuvo un instante y miró atrás. No vio al asesino. Se había quedado en el callejón. Quizá estaba en la esquina, mirándola, para saber qué hacía ella.

Continuaba sola en la calle y la lluvia seguía cayendo. Y se dio cuenta de que estaba empapada de la cabeza hasta los pies.

El asesino siguió sin aparecer.

Helen caminó hacia la cabina, despacio, muy despacio, como si temiese que el Estrangulador fuese a brotar desde algún rincón oscuro, junto a la pared.

Se detuvo y observó la cabina. Estaba muy cerca de otra esquina y pensó que el asesino hubiese comprendido lo que ella iba a hacer, tratar de llamar a la policía, y entonces él habría dado la vuelta a la manzana y estaría allí, esperando a que ella misma se encerrase en la trampa, en la cabina telefónica. Y en tal caso, él entraría en la cabina mucho antes de que ella pudiese descolgar el teléfono y llamar.

Trató de escuchar unos pasos que le indicasen que estaba en lo cierto.

No oyó nada. Tuvo una idea. Se quitó los zapatos. Los sostuvo contra su pecho y siguió andando hacia la cabina telefónica.

Continuaba oyendo la lluvia.

Ya estaba cerca de la cabina, a dos metros. Sólo tenía que alargar la mano, abrir la puerta y estaría dentro.

Titubeó unos instantes. Por fin alargó la mano. Abrió la puerta de la cabina y se metió en el interior.

Y cuando todavía estaba con la puerta abierta, oyó pasos rápidos.

No podía ver al asesino, pero comprendió que había acertado. ¡El Estrangulador la había estado esperando en la esquina y ahora se disponía a entrar en la cabina para matarla!

Pegó un chillido al llegar a esa conclusión.

El hombre apareció bruscamente en la puerta.

Era Fred Connors.

Helen empezó a gritar y se interrumpió.

Fred abrió la puerta.

—Helen.

Ella se echó en sus brazos y él la estrechó contra sí.

Helen sollozó convulsivamente mientras se apretaba contra Fred.

—Helen, estuve en tu apartamento... Creí que había llegado demasiado tarde.

—Apareció en la puerta cuando iba a salir... Luché con él. Logré golpearle y salí a la calle. Me siguió hasta el callejón y ahora pensé que él me había logrado atrapar.

—Tranquilízate. Ya pasó todo.

Fred la besó en los labios y los encontró fríos como el hielo.

—He pasado un mal rato, pero tú lo has pasado peor, Helen. Antes de llegar a tu casa vi que el bar estaba cerrado. Pensé que tú también lo habrías visto y echarías a correr por el lado opuesto. Al no encontrarte, regresé a la calle. Oí que alguien entraba en la cabina y deseé con todas mis fuerzas que fueses tú.

Helen se apartó de Fred.

—¿Y el asesino, Helen?

—Lo dejé en el callejón que hay junto al bar.

Fred miro a través de los cristales hacia aquel lado.

—No hay nadie. Debe haberse marchado.

—¿Quién es él, Fred?

—No sé siquiera su nombre. Pero tú lo habrás visto.

—Muy poco. Tenía gafas oscuras, y una bufanda alrededor del cuello. Llevaba un sombrero echado sobre la cara. Y sé que estrangula con unas manos que cubre con guantes negros... —Helen se estremeció.

—Esta vez la policía lo atrapará.

—¿Por qué?

—Es la mar de sencillo. Mi mujer sabe quién es. Fue ella la que negoció con él.

—¿Cómo es posible que Jane haya hecho una cosa así?

—Tiene la mente enferma. Necesita los cuidados de un psiquiatra. Pero antes de que se ponga en manos de los doctores, nos va a decir quién es ese hombre y dónde lo puede encontrar la policía.

Salieron de la cabina y caminaron hacia el lugar donde Fred tenía su auto.

—Es una pesadilla, Fred.

—Pero terminará enseguida. Vamos primero a tu apartamento. Tienes que cambiarte.

—¿Y si él está allí?

—No, el asesino no es de esa clase —metió la mano en el bolsillo y exhibió una pistola—. Pero me gustaría que estuviese, porque yo sería quien acabase de una vez con él.

Fueron al apartamento de Helen.

—Tomaré un baño caliente —dijo ella dando diente con diente.

—De acuerdo. Mientras tanto, haré café.

—Sí, Fred.

Se volvieron a besar. Helen se dirigió al cuarto de baño y Fred a la cocina.

Al cabo de un rato, Helen se reunió con él. Ya se había cambiado.

Bebieron el café.

—¿Te encuentras mejor? —dijo Fred estrechándola contra sí.

Mientras ella se bañaba, Fred había tenido tiempo para pensar y decidió que era mejor contarle la verdad desde el principio al fin.

Cuando hubo terminado su relato, Helen guardó silencio.

—Lo siento, Helen... Caí en la trampa. Jane me amenazó con mandar esos informes falsos contra ti a la Universidad y perdí la cabeza.

Helen se acercó a él y lo besó en la boca.

—Lo importante es que te volviste atrás. A pesar del daño que Jane nos iba a hacer, quisiste impedir su muerte.

—Sí, tienes razón. Es lo importante. Ahora vamos a casa.

—Sigo teniendo miedo. Nunca he visto a tu mujer.

—Ya va siendo hora de que la conozcas.

Viajaron en el auto hasta la casa de Fred.

El salón estaba iluminado.

Mientras se dirigían al porche, Fred dijo:

—Debe estar levantada. A la espera de que el Estrangulador le confirme tu muerte.

Abrió con la llave.

Los dos entraron en la casa y cogió del brazo a Helen y la impulsó hacia el *living*.

La silla seguía volcada, y la botella de *whisky* rota y las puntas de cigarrillos y el cenicero en la alfombra.

Jane Farner estaba tendida en el sofá, como si durmiese, con un brazo colgando.

—Jane —dijo Fred—, he vuelto con Helen.

Ella siguió en la misma posición.

Fred fue hacia ella, llevando a Helen del brazo.

Se detuvieron los dos, mirando el rostro de Helen, que no habían podido ver hasta ahora. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo. Una mosca estaba parada en su mejilla derecha.

—¡Está muerta, Fred...! ¡Está muerta!

CAPÍTULO XI

Fred Connors se había quedado lívido.

Helen escondió la cara entre las manos.

—Fred, ¿qué ha pasado?

—La estrangularon.

—Oh, no.

—Sí, Helen, y yo sé quién ha sido.

—¿Te refieres a...?

—El hombre que ella contrató. Tiene que haber sido el mismo.

Helen se echó otra vez en los brazos de Connors.

—Es horrible, Fred.

—No lo hemos podido evitar.

—Pero la policía...

—La policía sabrá la verdad... La llamaré ahora mismo.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Helen lanzó un grito, asustada.

Fred miró el teléfono, que seguía sonando.

Al fin se decidió a descolgar.

—¿Quién llama?

—Buenas noches, señor Connors.

Era el Estrangulador.

—Oiga, asesino, se equivocó de víctima.

—¿Usted cree?

—Tenía que matar a Helen. Fue a su casa. Lo intentó, pero no pudo.

—Sí, señor Connors. He de felicitar a su chica. Se defendió bien de mí. Traté de cazarla, pero esa muchacha es muy astuta. Decidí que no valía la pena continuar la cacería. O me vería en un serio peligro. Y yo no acostumbro a correr peligros innecesarios, señor Connors.

—Y vino a mi casa.

Decidí cumplir con usted.

—¿Cómo?

—¿Es que no lo recuerda? Me ofreció diez mil dólares por matar a su esposa.

—¡Está loco! ¡Completamente loco!

—¿Es que va a negar que nos pusimos de acuerdo?

—No, asesino... No le voy a negar eso. Nos pusimos de acuerdo, pero luego me arrepentí.

—¿De veras?

—Vine aquí antes de las nueve y media para impedir que matase a mi mujer.

—¿Hizo eso?

—Sí, asesino. Y mi mujer montó una comedia para mí. Pero al final me dijo la verdad. Ella lo trajo a esta ciudad. Jane lo puso en marcha a usted para que me ofreciese sus servicios. Pero usted nunca pensó matar a mi mujer... La víctima era otra persona. Helen Foster.

—Sí, señor Connors. Pero ya le he dicho que, como fallé con Helen, decidí cumplir su contrato.

—¡No teníamos ningún contrato!

—Claro que lo teníamos, señor Connors. Cuando me aceptó, usted no sabía que yo estaba al servicio de su mujer.

—Voy a colgar.

—No lo haga.

—Avisaré a la policía inmediatamente. Esta vez lo cazarán a usted.

—¿Qué estupidez está diciendo, señor Connors?

—A partir de ahora la policía tendrá una descripción del Estrangulador de mujeres porque Helen lo vio.

—¿Quiere ir a la silla eléctrica, señor Connors? Si eso es lo que desea, no tiene más que llamar a la policía. Usted es el estrangulador de su esposa. Eche una mirada a la habitación en que se encuentra. ¿Quién hay con usted?

—Sólo está Helen.

—Y su mujer muerta. ¿O la ha olvidado ya?

—No la puedo olvidar. Está tendida en el sofá donde usted la asesinó.

—No, señor Connors. Yo no la asesiné. Fue usted.

—¡No sabe lo que dice, asesino!

—Claro que lo sé. Usted es el que no lo sabe, señor Connors. ¿Quién ha tenido una amante? Fred Connors. ¿Y quién es su amante? Helen Foster. ¿Y dónde está Helen Foster en este momento? En su casa, con usted... ¿Quiere que siga explicándole lo demás? Lo haré con mucho gusto. Usted ha estrangulado a su mujer para librarse de ella, y lo que le cuente a la policía les va a dar mucha risa. ¿Un estrangulador de mujeres? Oh, sí, claro. Usted se ha puesto al corriente de ciertos crímenes ocurridos en otras ciudades. Un ladrón entra en las casas, creyéndolas vacías, pero encuentra mujeres y las estrangula. Y es justamente lo que ha pensado en su caso. El ladrón entró, se encontró con su mujer a solas, le puso las manos en la garganta y apretó hasta acabar con ella... ¿Quién espera que le crea eso? ¿Piensa que los policías son tontos? No lo son, señor Connors. Yo lo sé. A mí no me han podido cazar porque no dejo huellas. Soy un profesional y hago bien mi trabajo. Bueno, sólo he cometido una equivocación. Me dolió esta derrota. Sí, señor Connors, tenía ganas de atrapar el lindo cuello de una mujer entre mis manos. Y entonces pensé: «¿Por qué no cumplir el acuerdo con Fred Connors?».

—¡Necesita una camisa de fuerza!

—Ahórrese los comentarios, señor Connors. Lo más importante para usted es que debe llevarse a Helen. Luego simulará que entra en la casa y encuentra a Jane muerta. Pero tiene que acompañarle un testigo. Uno de sus amigos.

—No sea estúpido. Hace mucho tiempo que me despedí de mis amigos.

—Le estoy sugiriendo una coartada.

—¡No necesito coartada!

—Como quiera, señor Connors. Pero usted me pagará los diez mil dólares.

—No le voy a pagar un centavo.

—Está muy nervioso, señor Connors. Y su cerebro no reacciona bien. Tómese unos minutos. Pero salga de esa casa. Si pasea un rato con su amiguita, los dos se darán cuenta de que es mejor dejar las cosas como están. Si llama a la policía, ustedes están perdidos. ¿Lo entiende? ¡Los dos! Señor Connors, he trabajado demasiado esta noche y tengo sueño. Espero que será razonable, volveré a ponerme

en contacto con usted.

—¡Espere!

El asesino colgó desde la otra parte.

Helen alargó la mano y la puso en el brazo de Fred, y él giró hacia ella.

—¿Qué fue lo que dijo?

Connors se lo contó.

—¿Qué vamos a hacer, Fred?

—El tiene razón. Si llamamos a la policía, nosotros seremos los culpables.

—Pero yo vi al Estrangulador. ¡Fue a mi casa!

—¿Tienes algún testigo?

—No.

—Tienes a uno. Me tienes a mí. Y yo soy justamente el esposo de la víctima.

Helen se sintió desfallecer.

—No nos creerán.

Fred señaló al teléfono.

—El asesino acertó. Estamos en sus manos.

Helen se echó en los brazos de Connors.

—Estréchame fuerte, Fred.

Permanecieron unos instantes enlazados, pero sin besarse.

—Helen, tengo que encontrar al asesino.

—Pero tú no sabes dónde está.

—Lo puedo saber.

—¿De qué forma?

—Jane me dijo que lo trajo a la ciudad por medio de un viejo periodista.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero conozco a un periodista que trabaja en el Star. A estas horas está en el periódico. Necesito hablar con él.

Salieron de la habitación donde había sido estrangulada Jane Farner por el hombre que había contratado para matar a Helen.

Viajaron en el automóvil hasta el edificio donde se ubicaba el Star.

El periodista amigo de Fred se llamaba Rock Kennedy. Era un rubio de veintiocho años. Había escrito un libro de reportajes sobre crímenes famosos para la editorial Farner.

Fueron introducidos en el despacho de Kennedy y éste les salió al encuentro.

—Hola Fred.

Se estrecharon la mano.

—Te presento a Helen Foster, Rock. Trabaja también para la editorial Farner.

No era verdad, pero eso no tenía ahora importancia.

—¿Qué te trae por aquí, Fred?

—Han asesinado a mi esposa, Rock.

Kennedy se quedó con la boca abierta.

—¿Qué es lo que has dicho, Fred?

—No te traigo la noticia para que la publiques, al menos por ahora. Necesito tu ayuda, Rock.

Fred le contó en breves palabras la historia, y Kennedy la escuchó muy impresionado.

—Rock —prosiguió Fred—, mi mujer trajo al estrangulador por medio de un viejo colega tuyo.

—Hay muchos viejos periodistas en la ciudad.

—Según yo veo las cosas, ese periodista conoce la identidad del estrangulador y cómo encontrarle. He llegado a la conclusión de que ese hombre ya no ejerce el periodismo. Debe estar retirado y quizá pasó algo malo en su carrera o en su vida, algo que le hizo odiar a la sociedad, a los de su profesión.

—Creo que estás dando en la diana.

—Sólo trato de limitar el campo de nuestra investigación. Tengo que hacerlo porque estamos luchando contra el tiempo.

—Deja que me concentre un poco.

Kennedy ocupó su sillón y señaló el sofá.

—Sentaros. La espera puede ser larga.

—No, Rock, tienes que darte prisa.

—Me estoy dando toda la que puedo. No me interrumpas.

Kennedy permaneció pensativo durante un buen rato. Tan pronto se pellizcaba la oreja como la barbilla.

Hizo chasquear los dedos.

—Tengo uno.

—¿Quién?

—Roy Mayer.

—¿Cuál es su dirección?

—No, Fred. Déjame a mí. Hablaré con alguien y sabré si acerté.

Kennedy marcó un número y esperó un rato. Al fin habló por el micro.

—¿Spencer Hilton...? Buenas noches, abuelo... Soy Rock Kennedy... No me puedo quejar... Las cosas me van bien... Eh, Spencer, necesito que me echas un cable y pensé que tú eras el hombre indicado. Cuenta con cinco pavos... Durante los últimos meses varias mujeres fueron estranguladas en distintas ciudades. Estoy trabajando en eso. He recordado que la mujer de Mayer murió hace cosa de unos dieciocho meses. Yo estaba entonces en Europa. Me dijeron que la habían encontrado en su cabaña del lago mientras Roy estaba en la ciudad. ¿Cómo murió la mujer de Roy Mayer? ¿Estrangulada? ¿Tampoco se encontró al asesino? Gracias, Spencer. Puedes pasar a recoger los cinco pavos. Sólo tienes que agregar la dirección de Roy Mayer.

Kennedy la apuntó en un papel.

—Gracias, Spencer —dijo, y colgó.

Quedóse mirando a Connors.

—Es tu hombre, Fred. Aquí tienes su dirección.

CAPÍTULO XII

Fred Connors pulsó el timbre de una puerta.

Pasó un minuto sin que le abriesen y oprimió el timbre de nuevo.

—Ya voy, ya voy... —oyó una voz en el interior—. ¿Es que se ha pegado fuego a la casa?

Le abrió la puerta un hombre de unos sesenta años, cabello castaño. Se estaba poniendo un batín.

—¿Quién es usted?

—Fred Connors. Me envía Rock Kennedy, del Star.

—Oh, sí, conozco a Rock. Pero es muy tarde. ¿No lo puede dejar para mañana?

—No, señor Mayer.

—Perdone, pero me duele la cabeza. No puedo recibirle ahora.

Fue a cerrar la puerta pero Fred se lo impidió y fue fácil para él entrar en el apartamento.

—¡Señor Connors, esto no es forma de comportarse!

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—El Estrangulador.

Roy Mayer se pasó la lengua por los labios.

—Oiga, señor Connors, hay cosas que no quiero que nadie me recuerde. Mi mujer murió estrangulada.

—Sí, ya lo sé, y por eso le pregunto por el estrangulador.

—Nunca fue encontrado. Fue uno de esos crímenes que quedan impunes.

—Usted quiso que quedase impune, señor Mayer.

—¿Yo? ¿Cómo se atreve a decir eso, señor Connors? ¡Salga inmediatamente de mi casa o llamo a la policía!

Fred sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Fuma, señor Mayer?

—No, y le he dicho que salga de mi casa.

Fred sacó tranquilamente un cigarrillo del paquete y lo encendió con su mechero de gas. Después de arrojar una bocanada de humo, dijo:

—Señor Mayer, usted contrató al asesino de su mujer.

—¡No está usted en su sano juicio, señor Connors!

—El asesino era un profesional. Usted le conoció de algún modo y en lugar de denunciarlo a la policía, o de volver a recuperar su prestigio haciendo un buen trabajo sobre él, prefirió contratar sus servicios. ¿O él le hizo el trabajo gratis, a cambio de que usted no lo denunciase a la policía por los asesinatos anteriores?

Mayer no contestó.

—Señor Mayer, mi mujer se dirigió a usted... Y le pidió que trajese al Estrangulador... Mi mujer quería desembarazarse de una joven de la que yo me había enamorado, de Helen Foster.

—¡Váyase, por favor!

—Hubo cambio de víctima en este caso.

—¿Qué dice?

—El Estrangulador no mató a Helen Foster. Ella pudo librarse del asesino y entonces, el hombre que usted conoce estranguló a mi mujer.

—¡No sé de qué me habla!

Mayer fue a volverse pero Fred lo atrapó por el brazo y se lo impidió.

—Míreme a los ojos, señor Mayer.

El viejo periodista lo miró.

—Señor Mayer, ese hombre no puede seguir matando.

—¡No tengo nada que ver con ello!

—¡Tiene mucho que ver!

—Fue culpa de ella, ¿lo entiende? De ella. Mi vida con mi mujer se había convertido en un continuo tormento. Yo bebía, porque me sentía despreciado por mis compañeros. Me quedé sin trabajo y mi mujer sólo hacía que burlarse de mí. Quise demostrar a todos que yo seguía siendo un buen periodista, ¿lo entiende? Yo siempre he sido bueno. He recibido premios por mi trabajo. Se habían cometido tres estrangulamientos en distintas ciudades y me hice un propósito. Roy Mayer descubriría al asesino. Sí, es lo que haría Roy Mayer para demostrar al mundo que era el mejor periodista del país. Y no

me equivoque, señor Connors. Era sólo un estrangulador. Un solo hombre había matado a varias mujeres. Y di con él. Pero me faltaba una cosa, las pruebas. No, yo no tenía pruebas contra ese hombre. Nadie habría creído mi reportaje. No lo habrían publicado. Habrían pensado que era una estratagema para recuperar mi puesto en el periodismo. Además, yo seguía bebiendo. Y era lógico que el borracho de Roy Mayer inventase una cosa así.

Mayer se echó a llorar.

—No, no podía utilizar mi reportaje y entonces utilicé al asesino. Sí, señor Connors. Tiene razón. No tuve que pagarle un centavo. Yo guardaría silencio. El solo tenía que hacer una cosa a cambio. Matar a la maldita vieja que me estaba haciendo la vida imposible.

—¿Cómo lo supo mi mujer?

—Un día me encontré con ella en un bar. No sabía quién era. Yo estaba borracho. Ella me invitó a unos tragos. Empezó a hablar y hablar y me dijo que su marido tenía una amante. Seguimos hablando y en un momento determinado, ella sugirió que estaría dispuesta a pagar unos cuantos miles de dólares por arruinar la vida de usted y por acabar con su amiga. Y no pude callarme y le dije que había alguien que se podía encargar de todo.

—¿Cómo se llama el asesino?

—Raymond Mathis.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Dónde está, Roy? Tiene que saberlo. Usted se puso en contacto con él y lo trajo a esta ciudad. Apuesto a que usted mismo se ocupó de buscarle alojamiento.

—Me atraparán a mí también.

—Tiene que pagar por lo que hizo, Roy. Eso no me incumbe a mí. Vamos, dígalo de una vez. ¿Dónde está Raymond Mathis?

—Motel Wood... En las afueras, carretera del Sur, a unas nueve millas de la ciudad...

—Vístase.

—¿Para qué?

—Tiene que venir conmigo.

—Oh, no.

—Sí, señor Mayer, me acompañará porque no quiero que avise a Raymond Mathis.

—Está bien. Me vestiré. Espere un momento.

—Entraré con usted.

—¿Por qué?

—No quiero que haga una tontería.

Fred entró en el dormitorio con Mayer.

—Dese prisa, Mayer. No tenemos toda la noche.

Roy se vistió, aunque no lo hizo con demasiada rapidez.

—Voy a peinarme.

Entró en el cuarto de baño.

Fred lo siguió, pero se quedó en el hueco.

Roy abrió un armario.

Fred saltó sobre el viejo periodista.

Roy ya tenía la navaja barbera en la mano y la llevaba hacia su garganta para cortarse el cuello.

Fred se lo impidió, atrapándole por el brazo.

—¡Quieto, Mayer!

—¡Déjeme que me mate! ¡Quiero acabar de una vez! Fred le retorció la mano, obligándole a soltar la navaja barbera.

—Mayer, debe conservar todavía un poco de su responsabilidad.

—No conservo nada, ¿lo entiende? ¡Nada!

—Usted es mi testigo, Mayer. Y no puedo permitir que muera.

Salieron del apartamento.

Poco después llegaban a la calle.

Helen esperaba en el coche.

Rock Kennedy, el periodista del Star, había tratado de acompañarles, pero Fred se lo quitó de la cabeza diciéndole que aquel asunto lo tenían que terminar ellos. Fred no podía consentir que Rock Kennedy se viese envuelto en el asesinato de su mujer, ya qué si no daban con el verdadero asesino, Fred sería el culpable ante la justicia, y Kennedy un cómplice más.

Helen observó al hombre que acompañaba a Fred y Mayer la miró a su vez.

—Helen, mi amiga, la que iba a ser la víctima del Estrangulador. Helen, ¿quiere ocupar el asiento trasero? Roy Mayer vendrá conmigo.

La joven ocupó el asiento trasero y Fred y Roy el anterior, Fred ante el volante.

Enseguida emprendieron el camino.

—¿Adónde vamos, Fred? —preguntó Helen.

—A un motel de las afueras.

—¿Está allí él?

Fred le contó la historia del periodista que ahora llevaba a su lado.

Roy Mayer empezó a sollozar convulsivamente.

—No debí hacerlo.

—Ahora está colaborando, Roy —contestó Fred—. Se lo tendrán en cuenta.

—Debió dejar que me rebanase el cuello.

—No me gustan los suicidios.

Fred llevó el auto por la carretera del Sur.

Llegaron pronto al motel, que estaba envuelto en el silencio de la noche.

—¿Cuál es el *bungalow* de Raymond Mathis, Roy?

—El nueve. Está en la segunda fila.

Fred hizo girar el volante y el coche se deslizó despacio, sin hacer ruido, hacia el *bungalow* número nueve, donde se hospedaba el estrangulador de mujeres.

CAPÍTULO XIII

Fred Connors detuvo el automóvil ante el *bungalow* número nueve.

Observó el número nueve. Estaba a oscuras.

—Roy, salte del coche.

—Prefiero esperar.

—Usted viene conmigo y llamará a la puerta.

—¿Por qué?

—Usted conoce a Raymond Mathis y él le conoce a usted.

—Le he traído aquí, Fred. Deje que me quede en el coche.

—No, Roy. Tiene que llegar hasta el final. Vamos.

El periodista salió del coche.

Helen preguntó:

—¿Y yo, Fred?

—Tú te quedas.

Fred tenía la pistola en el bolsillo. Fue con Roy Mayer al *bungalow* número nueve.

Se detuvieron ante la puerta.

Roy miró a Fred y éste le hizo una señal con la cabeza para que pulsase el timbre.

El periodista apretó el botón tres veces.

Al cabo de unos instantes, la luz se encendió.

Fred estaba preparado para sacar la pistola del bolsillo.

La puerta se abrió, pero Fred no llegó a sacar el arma porque en el hueco había una mujer. Era rubia y hermosa, de ojos grandes y negros. Tendría unos treinta años.

—Buenas noches —dijo Roy Mayer un poco confuso.

La rubia lo miró con las cejas enarcadas y luego miró a Fred.

—¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Fred Connors y mi amigo es Roy Mayer. Tenemos que entrar aquí, señorita.

—¿Son policías?

—No.

—Entonces, no pueden entrar.

—Señorita, es necesario que entremos. Queremos hablar con su marido.

—¿Mi marido? Tendrán que esperar un poco. Todavía no soy casada.

—Muy bien. Se lo diremos de otra forma. Queremos hablar con el hombre que habita este *bungalow*.

—De nuevo se equivoca, señor Connors. Aquí no hay ningún hombre. Y si no se van ahora mismo, llamaré a la dirección.

Fred sacó la pistola.

Ella al ver el arma exclamó:

—Ya sé. Son un par de ladrones.

Fred empujó a Roy Mayer.

Fred pasó al interior y cerró la puerta.

—¡Éste es un allanamiento de morada! —gritó la joven.

—Dígame su nombre —repuso Fred.

—Diana Robson.

—Usted no puede estar sola.

—Estoy sola. ¿O quiere saber más que yo?

Fred estaba mirando la puerta de la alcoba. En cualquier momento podría salir el Estrangulador.

—Señorita Robson, sabemos cómo se llama el hombre que está con usted. Raymond Mathis.

—¿Raymond Mathis? Nunca he oído hablar de Raymond Mathis.

—Va a abrir la alcoba, y tenga cuidado con lo que hace, señorita Robson. Dispararé sin pestañear en el caso de que me vea en peligro.

—No se preocupe. Le abriré con mucho cuidado.

Diana se dirigió a la alcoba y abrió la puerta.

—Puede entrar si quiere, señor Connors. Registre hasta el último rincón. Si encuentra a un hombre, le daré un premio.

—Usted primero, señorita Robson. Quédese aquí, Mayer.

El periodista emitió un gruñido de asentimiento.

Fred entró tras de Diana en el dormitorio. La cama estaba deshecha, pero en la almohada sólo había la huella de una cabeza. Podría ser la huella de la cabeza de Diana o la del asesino.

Fred miró el cuarto de baño. No, allí no había nadie.

Diana se cruzó de brazos y sonrió.

—¿No mira debajo de la cama?

—Gracias, miraré.

Fred dobló la rodilla en el suelo y miró debajo de la cama. No, tampoco había nadie.

Caminó hacia un armario y abrió unos cajones. Sólo encontró ropa de mujer. En un rincón había una maleta.

—Abra esa maleta, Diana.

—Contiene cosas que me pertenecen.

—Ábrala, le digo.

—¿Cree que dentro de la maleta está un hombre? ¿Qué está buscando? ¿Un enano?

El propio Fred cogió la maleta y la puso encima de la cama.

Abrió la maleta, porque tenía puesta la llave.

Quedó asombrado observando lo que había en su interior. Había varias pelucas de cabello negro, rubio, unas gafas y unos guantes negros.

—Son mis pelucas —dijo Diana.

—¿Unas pelucas de hombre, señorita Robson?

Estaba observando a Diana. Los ojos de la joven brillaban más que antes y, poco a poco, en su rostro fue apareciendo un gesto de ferocidad.

—Es usted muy listo, señor Connors.

Fred se estremeció al oírla, porque ella había dicho aquellas palabras con la voz que varias veces había oído por teléfono. La voz del Estrangulador.

—Comprendo que nunca la hayan pillado hasta ahora —dijo Connors—. Mata disfrazada de hombre.

Ella no dijo nada.

Fred observó su pecho, lo único que no resultaba atractivo en ella. Era casi liso como el de un muchacho.

—¿Ha estrangulado también a algún hombre?

—No.

—¿Por qué estrangula sólo a mujeres?

—Porque me gustan. Son tan lindas y delicadas. Pero por primera vez voy a estrangular a un hombre.

—¿A quién?

—A usted, señor Connors.

—¿Quiere que me ría, Diana? Tengo una pistola en la mano y le estoy apuntando con ella. ¿Qué lleva encima? ¿Un escudo protector de balas? Yo sólo veo un camisón y una bata.

—Cometió un error, señor Connors.

—¿Cuál?

—Dejar solo a Roy Mayer.

Fred sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—¡Salga del *living*, Diana!

Ella no obedeció.

—¡Salga o le juro que disparo!

—No se ponga nervioso. Saldré.

Diana salió al *living*. Fred lo hizo inmediatamente detrás y soltó una maldición para sus adentros al ver que en el *living* no estaba Roy Mayer.

—¡Roy! —llamó.

No le respondieron.

Había dejado a solas a Helen en el auto.

La puerta se abrió. En el hueco estaba Helen, con el rostro pálido. Detrás de ella, Roy Mayer.

El periodista sujetaba a Helen por la cintura y dijo:

—Señor Connors, yo también tengo una pistola y estoy apoyando en la espalda de Helen. ¡Suelte ese arma o mato a su chica!

—Perdona, Fred —gimió Helen—. Me sorprendió en el coche. Dijo que me habías llamado y yo salté ingenuamente.

—La culpa fue mía por permitir que él me convenciera con sus lloros. Creí que estaba de nuestra parte.

Diana Robson dijo:

—¡Suelte esa pistola, señor Connors!

Helen miró asombrada a la rubia y preguntó:

—¿Quién es ella, Fred?

—El Estrangulador.

Diana habló sin mirar a Helen.

—¿Qué le pasa, señorita Foster? Sólo le traigo un mensaje.

Había usado su voz varonil, repitiendo las palabras que pronunció cuando trataba de entrar en el piso de Helen.

Ésta hizo un gesto de sorpresa.

Roy empujó a Helen y los dos entraron en el *living*.

Diana alargó la mano hacia Fred.

—La pistola, señor Connors... Roy, si no me la ha dado cuando cuente tres, mata a la señorita Foster... Uno... Dos...

Fred le dio la pistola.

Roy Mayer empujó a Helen lejos de sí y ella fue al lado de Connors.

—Nos han atrapado, Fred.

—Fueron más inteligentes que nosotros.

—Gracias, señor Connors —dijo Diana con su voz natural.

—¿Por qué mató a mi mujer? Era su cliente, Diana.

—También usted era mi cliente. Pero le diré otra cosa. No me gustó su mujer. Demasiado segura de sí misma. Demasiado déspota. Me trataba como si yo fuese un hombre vulgar. ¿Usted me entiende? Yo no soy un hombre vulgar. Soy una mujer excepcional. He burlado a la policía de muchas ciudades, y la seguiré burlando.

CAPÍTULO XIV

Helen Foster se apretó contra Fred y él le rodeó por la cintura.

Roy Mayer reía con boca babeante. Parecía anormal.

Fred comprendió que aquel hombre estaba alcoholizado, o quizá tomaba drogas.

—Me he portado bien, ¿verdad, Diana?

—¿Cómo dieron contigo?

—Un periodista, Rock Kennedy, se acordó de que mi mujer fue estrangulada por un desconocido y me mandó a Fred Connors.

—Y tú los trajiste aquí, estúpido.

—No tuve más remedio que hacerlo.

—¿Por qué?

—Perdona, Diana, pero yo sabía que tú eras una mujer. Pensé que los sorprenderías. Y es justamente lo que ha ocurrido.

—¡Cierra la boca ya!

—Sí, Diana.

Fred preguntó:

—¿Qué hará con nosotros, Diana?

—Liquidarlos.

—No le servirá para nada.

—¿Por qué cree que no?

—Está Rock Kennedy. El sabe que íbamos en busca de Roy Mayer.

—Vaya, es un problema.

La joven se movió hacia la derecha, como si estuviese pensando en la situación que se le había planteado.

De pronto pegó un golpe en el brazo armado de Roy Mayer.

La pistola del periodista cayó en el suelo y Roy miró con asombro a Diana.

—¿Qué haces, Diana?

—¡Ponte al lado de ellos!

—¿Qué?

Diana le pegó con el cañón de la pistola en la cara.

Roy Mayer lanzó un aullido de dolor mientras se tambaleaba.

—¿Qué haces, Diana?

Fred intervino:

—Yo le puedo responder a eso, Mayer.

—No entiendo.

—Lo comprenderá enseguida. Usted también tiene que morir.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Es que no se da cuenta? Si lo dejase vivo, Rock Kennedy daría con usted y sabría la historia como la hemos sabido nosotros.

Roy miró con ojos suplicantes a la joven.

—No, Diana, eso no puede ser verdad.

—Tengo que hacerlo, Roy. Es mi seguridad lo que cuenta. Sólo mi seguridad.

—Te prometo que no diré nada.

—Me prometiste que no dirías nada y se lo contaste a Fred Connors.

—Lo engañé, Diana. Le dije que el Estrangulador se llamaba Raymond Mathis y que se hospedaba aquí. Y era falso. Y también simulé que me quería suicidar. Y todo lo hice para ganarme su confianza.

—Esa comedia sirvió para ellos, pero no me sirve a mí. El señor Connors tiene razón. Rock Kennedy te atraparía y acabaría por desenmascaramme.

—Juro que no te traicionaré, Diana.

Fred habló de nuevo.

—Mayer, usted ha jugado y también ha perdido.

Quería explotar el nerviosismo del viejo periodista. Cada vez estaba más asustado.

—Diana, no lo consentiré —dijo Mayer.

—¿Qué es lo que no vas a consentir?

—Te traje a la ciudad para hacer este negocio.

—Tú también ibas a ganar una parte del dinero.

—Estoy al corriente de tus asesinatos en otras ciudades y siempre he callado.

—Porque te convenía. Maté a tu mujer.

—Diana, soy ya viejo. Moriré pronto. El doctor dice que estoy

muy mal.

—Yo sé lo que tú tienes, Mayer. Estás alcoholizado y cualquier día sufrirías un ataque de *delirium tremens*. ¿Y qué pasaría entonces? Te pondrías a hablar de mí.

—¡No!

—Ya hablaste de mí a la señora Connors. ¿Cómo la conociste? En un bar y los dos estabais borrachos.

—Sólo le hablé de ti como posible cliente.

Roy Mayer avanzó sobre Diana con los brazos extendidos.

—¡No me mates, Diana! ¡No me mates!

—¡Quédate quieto!

Roy siguió avanzando hacia ella.

—¡No puedes matarme! ¡Quiero seguir viviendo!

Diana disparó.

En la misma fracción de segundo, Fred saltó sobre Diana.

Cuando ella trató de volver la pistola hacia Fred, éste le cayó encima.

Los dos rodaron por el suelo y Fred supo enseguida que se las tenía que ver con una mujer que poseía una gran energía.

Diana estuvo a punto de despedir a Fred, pegándole un rodillazo en el estómago, pero él la tenía bien apresada. Y Fred utilizó un golpe de judo, un mandoble con el filo de la mano en el cuello de la asesina.

La joven quedó medio inconsciente y Fred se pudo apoderar de la pistola. Y no olvidó el arma que Mayer había dejado caer.

Roy estaba tendido en la alfombra. Tenía un boquete en el hombro izquierdo. No estaba muerto, porque podía oír su respiración.

Helen tenía el rostro blanco, como el yeso.

Fred descolgó el teléfono y marcó el número de la policía.

EPÍLOGO

Estaba naciendo un nuevo día cuando Helen Foster y Fred Connors salieron de la comisaría.

Se detuvieron en la acera y él le pasó el brazo por los hombros.

—Helen, venderé las acciones de la Editorial Farner. Ya no quiero seguir en el negocio. Nos marcharemos de esta ciudad. Iremos a vivir al campo. Tendremos una granja.

Ella lo miró a los ojos.

—Sí, Fred. Yo también lo deseo.

Fred la besó en los labios.

Roy Mayer no había muerto y lo había confesado todo con respecto a Diana Robson, alias el Estrangulador.

Fred Connors y Helen Foster tendrían una nueva oportunidad para ser felices.

—Te quiero —dijo Fred.

—Y yo a ti —dijo Helen.

Los dos montaron en el coche y se alejaron por la calle, cuando empezaba a salir un nuevo sol.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

